

# Ciro Alegría

## EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO

Novelas esenciales. Tomo III



PODER JUDICIAL DEL PERÚ  
FONDO EDITORIAL





Ciro Alegría  
**NOVELAS  
ESENCIALES**





COLECCIÓN  
DERECHO Y  
LITERATURA

---

# Ciro Alegría

Novelas esenciales. Tomo III

# EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO

---

Presentación

**Carlos Calderón Puertas**

Edición

**Gladys Flores Heredia**



PODER JUDICIAL DEL PERÚ

FONDO EDITORIAL

COLECCIÓN DERECHO Y LITERATURA  
Biblioteca Ciro Alegría

Ciro Alegría

*Novelas esenciales. El mundo es ancho y ajeno.* Tomo III.

1.ª ed. Lima: Fondo Editorial del Poder Judicial, 2019.

Colección dirigida por Francisco Távora Córdova.

644 pp., 16.3 x 22.5 cm

Literatura peruana/Siglo XX/Narrativa/Novela/Ciro Alegría

*Novelas esenciales.*

*El mundo es ancho y ajeno.* Tomo III.

- © Ciro B. Alegría Varona, 2019  
Administrador de la Sucesión

Primera edición: julio de 2019

Primera reimpresión: octubre de 2019

Tiraje: 400 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la

Biblioteca Nacional del Perú n.º 2019-13680

ISBN: *Novelas esenciales* 978-612-47810-6-3

Tomo III. *El mundo es ancho y ajeno* 978-612-47924-3-4

- © PODER JUDICIAL DEL PERÚ  
Fondo Editorial del Poder Judicial  
Palacio Nacional de Justicia, 1.º piso, oficina 55  
Av. Paseo de la República cuadra 2 s/n, Lima, Perú  
Teléfono: (511) 410-1010, anexo: 11260  
Correo electrónico: fondoeditorial@pj.gob.pe

FONDO EDITORIAL DEL PODER JUDICIAL

*Director:* Francisco Távora Córdova

*Coordinador:* Helder Domínguez Haro

*Edición:* Gladys Flores Heredia

*Diseño:* Rodolfo Loyola Mejía

*Composición:* Silvia Ramos Romero

*Corrección de textos:* Yuliana Padilla Elías

*Asistente de edición:* Daniel Véliz Otani

- © *Fotografía de carátula:* Baldomero Pestana

Impreso en Perú / *Printed in Peru*

Este libro no podrá ser reproducido por ningún medio,  
ni total ni parcialmente, sin el permiso previo de sus propietarios.

Este libro se terminó de imprimir el 16 de octubre de 2019  
en Editorial Súper Gráfica E. I. R. L.

Calle Luisa Beausejour n.º 2047, Urb. Chacra Ríos Norte, Lima, Perú

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	IX
Carlos Calderón Puertas	

ESTA EDICIÓN	XXIX
Gladys Flores Heredia	

## EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO (1941)

I	Rosendo Maqui y la comunidad	5
II	Zenobio García y otros notables	55
III	Días van, días vienen...	65
IV	El Fiero Vásquez	115
V	El maíz y el trigo	155
VI	El ausente	179
VII	Juicio de linderos	199
VIII	El despojo	241
IX	Tormenta	295
X	Goces y penas de la coca	341
XI	Rosendo Maqui en la cárcel	359
XII	Valencio en Yanañahui	401
XIII	Historias y lances de minería	413



XIV	El bandolero Doroteo Quispe	435
XV	Sangre de caucherías	451
XVI	Muerte de Rosendo Maqui	481
XVII	Lorenzo Medina y otros amigos	501
XVIII	La cabeza del Fiero Vásquez	521
XIX	El nuevo encuentro	525
XX	Sumallacta y unos futres raros	545
XXI	Regreso de Benito Castro	561
XXII	Algunos días	575
XXIII	Nuevas tareas comunales	585
XXIV	¿Adónde? ¿Adónde?	595

## PRESENTACIÓN

—¿Y el juez?

—De mi parte. Si a mí me debe el puesto. Yo moví influencias y lo hice nombrar a pesar de que ocupaba el segundo lugar en la terna (Alegría 2019: 206)<sup>1</sup>.

LITERATURA Y JUECES

Que el mundo judicial ha sido siempre objeto de vapuleos por parte de la literatura es cosa sabida. Ya en los inicios de la república la desconfianza era absoluta. Felipe Pardo y Aliaga, en un poema que llamó «descriptivo», expresó para referirse a los jueces:

El sueldo es lo esencial del magistrado;  
y en cuanto á la aptitud,  
vale lo mismo ser leguleyo mazorrall é intonso  
que ser tan sabio como el rey Alfonso (1886).

Años antes, con el ácido humor que le era característico, Manuel Atanasio Fuentes se burlaba de los magistrados nombrados por el «Poder Fregativo», señalando que:

86.º Producen recomendación popular en favor de jueces y magistrados:

1. Ir tarde al despacho;
2. Dormir al oír los informes de los abogados;
3. Fallar al bulto (Salas 1998: 318).

---

<sup>1</sup> De aquí en adelante, todas las citas de *El mundo es ancho y ajeno* proceden de esta edición, por lo que solo anotaré el número de páginas.

Y con acrimonia plena, González Prada, don Manuel, aseguraba con la pasión del apóstol y la beligerancia del profeta que «el juez viene del abogado, como la vieja beata sale de la joven alegrona, como el policía y el soplón se derivan del ratero jubilado», para agregar, con la espada desenvainada:

Jueces hay justos: no todas las serpientes ni todos los hongos encierran ponzoña mortal. Sin embargo de todo, los vocales disfrutaban de esa veneración y de ese respeto que infunden las cosas divinas. Como un negro salvaje convierte en fetiche una caja de sardinas o una bota, así nosotros divinizamos a los miembros de las Cortes, principalmente a los de la Suprema. Nadie les toca ni les mira de igual a igual, todos les dan en todas partes el sitio de honor y les prodigan las consideraciones más exquisitas. ¿El señor vocal asoma? Todo el mundo inclina la frente. ¿El señor vocal habla? Todo el mundo sella los labios y bebe sus palabras, aunque diga simplezas con la magnitud del Himalaya y suelte vulgaridades con el tamaño de un planeta (1986: 126-127).

No solo es el siglo XIX que documenta el descrédito de la judicatura; también el siglo XX, de la pluma de nuestro nobel, exhibirá la mengua de nuestro crédito. En efecto, Vargas Llosa —que ya en *La tía Julia y el escribidor*, como al desgaire, había dicho: «Estudiaba en San Marcos, Derecho, creo» (2017: 13)— sentenciará en *Los cuadernos de don Rigoberto*, con expresión lapidaria: «Mi éxito como legalista ha derivado de esa comprobación: que el derecho es una técnica amoral que sirve al mejor que la domina» (1997: 332).

Pero acaso sea la celeberrima moneda de oro perdida en la plaza de Yanahuanca, retratada maravillosamente por Manuel Scorza en *Redoble por Rancas*, la que más ejemplifique esa desconfianza absoluta enmascarada en el temor, en la abdicación a la igualdad, en la reverencia que surge del cargo, en el miedo al traje negro de seis botones del juez Montenegro.

## La ley es la ley

Y es que la literatura es una forma de expresión de la realidad. Ella es, como se ha dicho, «un reflejo, consciente o inconsciente, de la situación social, económica y política de un determinado momento histórico» (Lanzuela 2000: 259).

En el país, Carlos Ramos Núñez, con un título sugerente: *La pluma y la ley*, publicó en el año 2007 un libro que es una confesión sobre su amor por la historia, el derecho y la literatura. En la obra se examinan, con agudeza y sencillez, cuentos y novelas peruanos entre los que aparece también Ciro Alegría con su «Calixto Garmendia», y que le sirve a Ramos para retratar el declive psicológico (de allí el subtítulo «La justicia y la locura»), que no moral, de ese carpintero andino que lo único que reclamaba era justicia y no limosna.

El trabajo de Ramos, estructurado en cuatro capítulos, habla en el último de ellos de los jueces, esos administradores de la justicia «particularmente expuesto(s) a la expectativa general» y fue hecho —asegura— para «oponerse al positivismo lacerante de los tribunales, el foro y la universidad peruana». «Es —refiere— un arma contra el desencanto» (2007: 17), y no yerra cuando lo afirma desde que la exposición cruda de las faltas, la crítica a la prepotencia y el culto a la ley es una forma de propiciar la necesaria enmienda.

Años atrás, bajo el título *La ley es la ley*, Maruja Barrig había publicado una antología clásica sobre *La justicia en la literatura peruana*, precisamente el subtítulo de la obra. En la compilación de Barrig desfilan autores como Alegría, Arguedas, Ribeyro, Scorza, Urteaga, López Albújar, Martínez o Reynoso hablando, desde sus cuentos y novelas, de litigios, códigos y despojos, de los que juzgan, del *orabunt causas melius*, de las personas tras las rejas y de la otra justicia, la humana, la peruana, la que sirve a los poderosos en desmedro de los que no tienen.

En la introducción, la autora se pregunta: «¿Y qué otra cosa sino seres humanos son los jueces?». Con absoluto desagrado se responde: «Revestidos de un poder que se advierte omnímodo con quienes son juzgados, permeables y temerosos a la presión de aquellos lo suficientemente poderosos como para destituirlos [...]», y agrega, finalizando con una frase de López Albújar, que tienen en común, junto con los médicos y las madres de caridad, «la anestesia del sentimiento» (Barrig 1980: 16).

El título de la obra es, por lo demás, sugerente. Corresponde a una típica expresión peruana que también es utilizada en *El mundo es ancho y ajeno*. Es, en la concepción de Barrig y en la boca del juez de la novela de Alegría una fórmula inerte, presuntamente aséptica y de apariencia igualitaria que solo sirve como excusa para propiciar actos de injusticia.

## El mundo es ancho y ajeno

Esta mirada sombría y acusatoria de la justicia la tiene también Ciro Alegría, cuyo nombre rememoraba al célebre personaje de Verne en *La isla misteriosa*<sup>2</sup>. Condenado (por su nombre o por su gusto) a la literatura, Alegría había sido expulsado a Chile como exiliado aprista luego de su segunda prisión. En 1940, mientras se ganaba la vida escribiendo artículos, vendiendo cuentos o corrigiendo pruebas y originales de otro, se decide a escribir *El mundo es ancho y ajeno*, al saber que la editorial Farrar & Rinehart de Nueva York había convocado a un concurso latinoamericano de novela. Sus primeras aprehensiones, derivadas del hecho de ser un perseguido político y no vivir en un mundo de relaciones, fueron dejadas de lado cuando se enteró de que los integrantes del jurado serían Ernesto

---

2 El nombre le fue puesto por su tía Rosa (Alegría 1980: 8, t. I). Dora Varona, a su vez, recordará que Miguel Ángel Cornejo, su profesor de Castellano en el colegio San Juan de Trujillo, le dijo: «Tienes un nombre excelente para escritor, Ciro Alegría; ¡Ciro Alegría! ¿Escribes? ¿Sí? Entonces vas a ser escritor. Con ese nombre no te queda más remedio» (2008: 45).

Montenegro<sup>3</sup>, Blair Niles y John Dos Passos. Sus problemas económicos se vieron amenguados cuando un grupo de amigos —en «un hecho desacostumbrado»— acordaron darle una subvención mensual, lo cual le permitió culminar el trabajo (Alegría 1980: 176, t. I).

En realidad, la novela aún no la había iniciado. El libro lo concluiría cuatro meses después, «al alba del día en que cerrábase la admisión» (Alegría 1980: 177-178, t. I). Cuando fue a dejar la novela, el escritor José Santos González le dijo que el plazo del concurso había vencido, pues había llegado quince minutos tarde. Era una broma. Algunos meses más, exactamente el 28 de febrero de 1941, a las 10 de la noche, un radiograma le anunciaba que había triunfado (Alegría 1980: 180, t. I). En un mensaje remitido a su hermano Yayo le informa del hecho con tiernas palabras: «Te abrazo en este alegre momento de nuestras vidas i te pido que avises a mi papá i a toda la familia. Esta victoria es también tuya, por todo lo que me has ayudado» (Alegría 1980: 180, t. I).

Pero Alegría ya había triunfado antes. En 1935, apenas con 26 años de edad, había escrito *La serpiente de oro* desde un cuento base denominado «La balsa». El libro tuvo como título de origen *Marañón*, pero fue modificado para su presentación en el concurso Nascimento, que termina por ganar. Luego, en 1939 participa en otro evento: el organizado por la editorial Zig-Zag con un libro al que pone de nombre *Los perros hambrientos*. Uno de los capítulos de esa obra —que termina segunda en el concurso— se iba a llamar «El mundo es ancho y ajeno», pero no lo denomina así porque vio en ese material el rudimento de otra novela<sup>4</sup>, en la que incluirá como personajes a miembros

---

3 Quien había sido jurado en el Concurso Nascimento en el que resulta vencedor su libro *La serpiente de oro*.

4 «en ese momento —dice en sus memorias— me azotó una intensa ráfaga de ideas y recuerdos. Si no con todos los detalles y su completa estructura, panorámicamente vi el libro casi tal como está hoy» (Alegría 1980: 170, t. I).

de su propia familia, como su abuelo Teodoro, de quien los peones decían: «Tiene la mano un poco dura, pero nunca hace injusticias» (Alegría 1980: 13, t. I)<sup>5</sup>, expresión y personaje que es el mismo que recoge y auxilia al Fiero Vásquez en *El mundo es ancho y ajeno*. Otras expresiones de su abuelo, como la de «En Lima se ríen de las provincias y nos llenan de logreros» o, incluso la toma de Marcabal, y el episodio de los bañistas echados a correr desnudos por el campo, son sucesos que se vuelven a mencionar en la novela (Alegría 1980: 14 y 16)<sup>6</sup>. Reales también son su abuela Elena Lynch, a quien retrata como «física y espiritualmente hermosa, de grande bondad, ingenio, palabra serena y fácil» (Alegría 1980: 17, t. I), el Fiero Vásquez («Fea y hermosa era la faz, resuelto el ceño», 491) y Pajuelo<sup>7</sup>, cuya descripción repite en el capítulo VI de la novela.

Pero solo ellos son personajes reales; todo lo demás —como lo dirá después— lo imaginó.

## La historia

La historia es sencilla e intensa a la vez. Es la lucha de una comunidad: la de Rumi, contra la voracidad de un hacendado, Álvaro Amenábar y Roldán («señor de Umay, dueño de vidas y haciendas en veinte leguas a la redonda», 199), en una contienda perdida de antemano, pues contra el destino (formado por unas estructuras legales imposibles de modificar) nada es posible. No en vano, la novela se inicia con la palabra: «¡Desgracia!» y esta es la que emerge con su dura fuerza tras la muerte de la esposa de Rosendo Maqui, la doble pérdida de los terrenos de la comunidad y la propia muerte de don Rosendo, descrito —para felicidad de Guayasamín— como: «Un poco

---

5 Confrontar con la página 140 de esta edición.

6 Confrontar con las páginas 141 y 149 de esta edición.

7 Toribio Pajuelo le escribirá a Ciro Alegría en diversas oportunidades (Alegría 1980: 151).

hombre, un poco vegetal, un poco piedra» (Alegría 1980: 23, t. II). Que la vida de los demás defensores de Rumi se haya extinguido en la traición y la violencia no es sino la ratificación de lo dicho (pienso en el Fiero Vásquez —cuyo cadáver fue decapitado y llevado en la punta de un sable<sup>8</sup>— o en Benito Castro, el hijo adoptivo de don Rosendo, quien levanta otra vez a la comunidad, la defiende del segundo despojo y fallece en total desilusión<sup>9</sup>).

Pero «la condición del hombre es esperanzarse» (7) y por eso, ante los alevos ataques del hacendado, quien se burla de la idea de forjar una escuela y reclama los terrenos como suyos, la comunidad creará que basta tener papeles para defenderse<sup>10</sup>, la defensa de un abogado (representado por Bismarck Ruiz, quien, finalmente, se entrega al ofensor y olvida presentar la apelación) y la justicia de su lado.

Derrotados, en un juicio de linderos<sup>11</sup> que en sí mismo es una farsa (linderos destruidos, rehacimiento de ellos por la comunidad que es tomado en su contra, testigos falsos, amenazas contra los que podrían testimoniar a favor de los comuneros, abogado que no apela), el pueblo de Rumi es arrojado a la zona pedregosa de Yanañahui, no sin que algunos comuneros, al mando del Fiero Vásquez, consideren que su única defensa es la vida del bandolero y otros se marchen a la selva que nunca ha de ser suya.

---

8 Capítulo XVIII.

9 «Váyanse, váyanse —alcanza a decir el hombre, rendido, ronco, frenético, demandando la vida de su mujer y su hijo» (608).

10 «—Ya sabes que estos terrenos son míos y he presentado demanda. —Señor, la comunidad tiene sus papeles...» (72).

11 Iván Rodríguez Chávez, acaso con alguna exageración, considera a *El mundo es ancho y ajeno* como fuente de la historia del derecho peruano. Los hechos los sitúa entre los años 1912 a 1928; en el primer caso, por una alusión a Jorge Chávez y en el último supuesto por la alusión del viaje de Benito Castro. En esa perspectiva, realiza un análisis desde el orden constitucional, penal, civil y procesal atendiendo a la legislación vigente en esa época. Rodríguez expresa que las normas a atender serían las Constituciones de 1860 y 1920, el Código Civil de 1852, el Código de Enjuiciamiento Civil del mismo año y los Códigos Penales de 1863 y 1924, así como el Código de Enjuiciamiento Penal de 1863. Reseña también la legislación especial para el caso (2018: 61-155).



Gracias a la llegada de Benito Castro la comunidad es rehecha; sin embargo, nuevamente la ambición del hacendado se despierta: en el fondo, no le importa la tierra sino el trabajo de los comuneros para las minas que ha levantado<sup>12</sup>. Pero esta vez, la comunidad no se marcha en paz; inútil defensa la suya, pues son derrotados bajo el inclemente fuego de los máuseres de los guardias. «¿Adónde iremos? ¿Adónde?», implora Marguicha mirando con los ojos locos al marido, al hijo, al mundo, a su soledad, en una pregunta que no solo es la suya, sino de toda la comunidad. «Ella no lo sabe», dice el narrador. Poco importa, pues en todos los lugares el mundo les será siempre ajeno.

## Las críticas

Sánchez<sup>13</sup>, a quien le parece *Los perros hambrientos* de mejor calidad que *El mundo es ancho y ajeno*, encuentra que en la obra hay dos novelas que Alegría no pudo disciplinar: una dedicada a Rosendo Maqui, que pertenece al agro tradicional; y la otra, al Fiero Vásquez, que representa al agro en trance de fugarse

---

12 Benito Castro en la hora postrera dirá: «Los que mandan se justificarán diciendo: “Váyanse a otra parte, el mundo es ancho”. Ciertamente, es ancho. Pero yo, comuneros, conozco el mundo ancho donde nosotros, los pobres, solemos vivir. Y yo les digo con toda verdad que pa nosotros, los pobres, el mundo es ancho pero ajeno» (597-598, capítulo XXIV).

13 Conocida es la enemistad entre Sánchez y Alegría. Este, en sus memorias, asegura que Sánchez sabotó y destruyó la edición de *El mundo es ancho y ajeno*. «Por mucho que considerara debidamente su bajeza y su menudencia, me pareció que aquello era demasiado. Pero ahora, a la vuelta de los años, me he dado cuenta de que es capaz de cosas como esas y de muchas más...» (Alegría 1980: 55, t. II). Por su parte, el exrector de San Marcos escribió *La juramentación de Darío Beltrán* para denostar al novelista. Allí lo describe (y es lo menos que afirma de él) como «bohémio, periodista, objeto de acreedores vehementes, suscriptor empedernido de toda clase de letras de cambio, fracasado candidato por una provincia que no era la que lo vio nacer» (Sánchez 1977: 11). En cambio, Dora Varona, tratando de anteponer la diatriba a los hechos, recuerda que fueron los Sánchez los que le dieron una habitación, en los altos de su casa, a Ciro Alegría y Rosalía Amézquita, su primera esposa (2008: 123), y que fue Sánchez quien le entregó a Alfonso Reyes el manuscrito de una obra teatral de Alegría denominada *Génesis* (2008: 139). Varona también menciona que ambos escritores se encontraron en Nueva York y que «Ciro estaba resentido con Sánchez por un montón de pequeñeces sutiles, entre ellas se encontraba el chisme de alguien de la editorial Ercilla, que le había escrito diciéndole que Luis Alberto había corregido a su manera *El mundo es ancho y ajeno*, lo que el autor no pudo resistir» (2008: 167).

a la ciudad. «Aquella es solemne y dolorosa; esta, traviesa y audaz» (Sánchez 1966: 1493, t. IV). Con todo, menciona que Alegría en un solo rasgo dota a la novela peruana «de dos de sus más representativas personificaciones, a quienes maneja con singular maestría y desenfado».

Desde otra perspectiva y desde una visión que escinde la novela moderna de la clásica, Vargas Llosa aseguró en escrito publicado en *Caretas* a la muerte de Alegría que *El mundo es ancho y ajeno* «sobrevive indemne al naufragio indigenista» y en él corresponde: «la enormidad de las injusticias que denuncia, la plasticidad metafórica del lenguaje, el suntuoso panorama geográfico, la rica variedad de tipos humanos, el ritmo solemne en el que se desarrolla la acción de la novela». No obstante, a pesar de considerarlo nuestro primer clásico, indicará que su forma literaria ya había sido superada y que «sería inútil negar que en nuestros días *ya no se pueden compartir las convicciones literarias que él tuvo*, que los métodos y procedimientos que él empleó para apresar la realidad y proyectarla en ficciones resultan ahora limitados<sup>14</sup>».

Esta visión es una que terminó perjudicando la obra de Ciro Alegría. Ya es un lugar común señalar la equivocación —al parecer derivada de la necesidad de censurar el indigenismo en la novela— cometida por José Donoso al señalar que el triunfo de *El mundo es ancho y ajeno* pospuso<sup>15</sup> la obra de Juan Carlos Onetti, *El astillero*, hecho absolutamente falso pues la publicación de la obra de Alegría fue en 1941 mientras que la de Onetti apareció veinte años después. Lo que sucede es que se trataba, bajo la eclosión del *boom*, de enfrentar dos formas de hacer novela, una de las cuales, la nueva, abandonaba la estructura clásica y se afincaba en nuevas técnicas.

---

14 Se refiere al maniqueísmo, el desdén de la técnica narrativa, la falta de uno o varios puntos de vista.

15 «Escamoteó» es la palabra utilizada por Donoso.

Es esta, además, la perspectiva que presenta Emir Rodríguez Monegal, quien corrige el equívoco de Donoso y repara que la novela con la que se enfrentó *El mundo es ancho y ajeno* fue *Tiempo de abrazar*, obra que Onetti se encargó de no publicar. Sin embargo, Rodríguez Monegal considera que 1941 era «una fecha demasiado temprana para que ningún jurado latinoamericano haya podido ver lo que había de viejo y de muerto ya en la novela de Alegría» (2009).

Tomás Escajadillo se ha encargado de refutar estas afirmaciones, fundamentalmente las de Rodríguez Monegal, ya que las de Donoso le parece que reiteran las del crítico uruguayo, son meras diatribas y hasta resultan cómicas<sup>16</sup>. Escajadillo señalará que existe una «adoración» por la modernidad y un «fetichismo» por lo nuevo que no alcanza a comprender. Asegura que el mismo crítico advierte que *El mundo es ancho y ajeno* constituye «una literatura desgarrada, nueva en su enfoque americano». Discute, además, la hipótesis central de Rodríguez Monegal; en principio, que se trate de una novela tradicional, cuando se observa, por ejemplo, la presencia de monólogos interiores, y señala que, aun así lo fuera, nada habría que reprochar porque la experimentación en sí misma no significa nada (2018: 9-28)<sup>17</sup>.

Con todo, para Escajadillo la obra está estructurada teniendo como puntos de referencia a la comunidad como el único lugar habitable y el retardamiento del desarrollo de la acción utilizando historias interpoladas para lograr el suspenso narrativo.

---

16 Fundamentalmente la frase «el polvo ha ido cubriendo a Ciro Alegría», que no se compadece con la reimpresión incesante de *El mundo es ancho y ajeno* (2018: 12).

17 Asimismo, critica esa vocación adánica del *boom* y hace referencia al análisis realizado por Vargas Llosa, quien, a pesar de sus críticas, tiene a Alegría como nuestro primer clásico.

## Los jueces y la ley

Alegría crea un cuadro vivo del mundo pervertido del derecho. Bismarck Ruiz, el abogado de la comunidad, es presentado de esta forma: «vestía un terno verdoso y lucía gruesos anillos en las manos. Sobre el vientre, yendo de un bolsillo a otro del chaleco, una curvada cadena de oro. Sus ojuelos estaban nublados por el alcohol y todo él olía a aguardiente como si de pies a cabeza estuviera sudando borrachera» (93). Será él quien traicione a los comuneros.

No menos horrorosa es la presencia del «pequeño y magro» Iñiguez, tinterillo vinculado al hacendado Amenábar, quien no había terminado sus estudios en la Universidad de Trujillo, «suma y compendio de los rábulas de la capital de provincia» (201) y a quien se debe el plan para modificar los linderos de la comunidad.

Pero es acaso la idea de la ley imagen del juez la más cuestionada, por su cercanía al poder y su falsa moralidad. Es verdad que el propio bisabuelo de Alegría fue juez y que él lo retrata de esta manera: «Ascendió a vocal de la Corte Superior de Cajamarca. Habría hecho la carrera hasta la Suprema, pues tenía una mentalidad jurídica de primera clase, pero su honradez lo hizo detenerse [...] Sus compañeros de Corte atendían los reclamos de los políticos y pudientes o se dejaban sobornar. Entonces, caso único quizás, renunció a su vocalía para volverse a Cajabamba y ser un juez provinciano de nuevo...» (Alegría 1980: 12, t. I). Pero se trata de un caso excepcional, como se desprende de la última frase citada.

En realidad, juez y ley son lo mismo: herramientas al servicio del poder. Lo dice con claridad Benito Castro en el momento final de la lucha de Rumi: «La ley no los protege como hombres» (597). No basta que se tenga papeles para defender a la comunidad; cuando se es pobre la ley es contraria

y empuja a los comuneros a la esclavitud. No importa lo que se haga, jamás habrá perdón: «¿Quién perdona? ¿Quién tiene una onza de perdón pa darlo al pobre que lo necesita? Ustedes dirán que la comunidá. Pero la comunidá está sola... La ley no sabe perdonar y menos los hombres...» (132).

En un mundo de injusticia, ¿cómo podría ganar la comunidad si:

El juez desaparecía entre montañas de papel sellado originadas por el amor a la justicia que distingue a los peruanos, pero, rendido por la sola contemplación de los legajos y estimando sobrehumano subir y bajar por todos esos desfiladeros llenos de artículos, incisos, clamores, denuestos y «otrosí digo», había renunciado a poner al día los expedientes. Explicaba su lentitud refiriéndose al profundo análisis que le demandaban sus justicieros fallos: «Estoy estudiando, estoy estudiando muy detenidamente» (87).

Para Alegría el agotamiento es solo la excusa. El juez no puede oponerse al poder porque fue puesto por él. De ahí que en el célebre discurso de Pajuelo este respondiera, al preguntarse de dónde venía la injusticia: «Sencillamente de los malos gobiernos, como producto de la complicidad de los mandones y explotadores eternos distritales, que para desgracia de nuestro pueblo aún existen bajo los siniestros nombres de Gobernadores, Alcaldes, Jueces de Paz y Recaudadores» (189).

La ley es solo una formalidad, algo que podía tergiversarse (376). «Viejito [le dice el juez a Rosendo Maqui] personalmente disculpo tus fallas considerando tu cansancio como juez es otra cosa: la ley es la ley» (229) y bajo ese criterio, ante cúmulos de papel sellados<sup>18</sup>, interrogando testigos hasta el cansancio con ese «estilo moroso, enrevesado y esponjoso que distingue al poder judicial» (218) se fue labrando la derrota de la

---

18 «Puede faltar el pan, pero no el papel sellado» (214).

comunidad. Y es que «Ese mismo juez, que parecía tan austero, nada habría hecho por hacer respetar la justicia cuando todos los pobres temían desafiar a un rico, así fuera tan solo con una declaración de conciencia» (242). Es el juez que acompaña al hacendado y el que no duda en utilizar los mecanismos del proceso para ofrecer la libertad a la acusada a cambio de que sea su cocinera<sup>19</sup>.

Si hemos de ser sinceros, los retratos de Alegría no se apartan en nada de la creencia colectiva. Hoy mismo, setenta y ocho años después de su publicación y ciento diez años después del nacimiento de nuestro autor, las cosas, por lo menos en lo que se refiere a sensación, no se han modificado. Así, los datos de la literatura parecen compadecerse con los registros sociojurídicos que dan cuenta de que la ciudadanía descrea del Poder Judicial al extremo que considera que se trata de una entidad en la que prospera la corrupción y, en el mejor de los casos, la negligencia absoluta.

¿Acaso no es eso lo que informan las encuestadoras en el país? En el lejano 1992, la cifra de desconfianza de la ciudadanía a sus jueces fue del orden del 70.2 %. Un posterior trabajo realizado después del autogolpe de 1992 arrojó cifras del orden del 89 %. Poco tiempo después (1993) el grado de desconfianza era del 70 %, cifra que subía al 90 % cuando la pregunta era dirigida a los empresarios. Luego, en 1997, 32 % de la población consideró que la situación «estaba igual que antes del proceso de modernización impulsado por el fujimorismo».

La situación hasta el año 2001 fue modificándose, entre momentos muy bajos de confianza (20 %) hasta inusuales momentos de respaldo (42 %) con una media de aprobación de apenas el 27.6 %. Los datos los ofrece la firma Apoyo, que ha registrado los movimientos de aprobación del Poder Judicial desde el año 1994. Estos son los siguientes: 1994, 24 %; 1995,

---

19 Como en el caso de Gumercinda, la esposa del Fiero Vásquez (151).

25 %; 1996, 42 %; 1997, 28 %; 1998, 20 %; 1999, 27 %; 2000, 24 %; 2001, 31 %.

De otro lado, la Comisión de Alto Nivel Anticorrupción<sup>20</sup> ofrece las encuestas sobre la percepción de corrupción. Los datos allí expuestos mencionan que el Poder Judicial es percibido en los años 2004, 2006, 2008 y 2010 como corrupto en el orden del 70 %, 66 %, 61 % y 30 %, respectivamente, aumentando en el año 2012 a 56 % y en el 2013 a 49 %.

Los últimos datos son también apabullantes. La encuesta nacional sobre percepciones de la corrupción en el Perú 2012 de Proética, elaborada por Ipsos, revela que el Poder Judicial y la Policía Nacional son percibidos como las instituciones más corruptas del país. Es común la apreciación de que los fallos se compran, al extremo que el 69 % de los entrevistados piensa que es posible sobornar a un juez (Althaus 2016: 23-24). Ni hablar de los datos del 2017 y 2018, que son francamente deprimentes<sup>21</sup>. Se trata —dice Althaus— de prácticas corruptas institucionalizadas. Es el patrimonialismo en funcionamiento (2016: 25)<sup>22</sup>.

---

20 Véase Sexta encuesta nacional sobre percepciones de la corrupción en el Perú en <http://can.pcm.gob.pe/encuesta-nacional-sobre-percepciones-de-la-corrupcion-en-el-peru/#tema2>.

21 La décima encuesta nacional sobre percepciones de corrupción de Proética señala que para el año 2017 el Poder Judicial era considerado como la institución más corrupta del país: <https://www.proetica.org.pe/wp-content/uploads/2018/08/Pro%C3%A9tica-X-Encuesta-Nacional-sobre-Corrupci%C3%B3n-1-6.pdf>.

22 De ese acontecer ha dado cuenta Jaris Mujica (*Micropolíticas de la corrupción. Redes de poder y corrupción en el Palacio de Justicia*. Lima: 2011), quien considera que existen tres esferas de corrupción en el Poder Judicial. El más bajo es el constituido por los tramitadores de Azángaro, asesores legales, abogados al paso y secretarios de juzgado. Se trata de un sistema también utilizado por ciudadanos que buscan justicia pero que no la encuentran por mecanismos formales «De modo que estas redes de corrupción también se usan, paradójicamente, para defender derechos». Son redes poco estables y poco estructuradas. El segundo eje se da al interior de los juzgados, relatorías y secretarías, aquí los estudios de abogados contactan con dichos funcionarios. La red se conforma por la base de relaciones familiares o amicales gestadas en la universidad. «(Estos funcionarios acceden a los órganos jurisdiccionales) a través de los concursos públicos, pero la mayoría manifiesta haber llegado gracias a una recomendación de un juez (amigo, familiar o profesor) a quien le deben solidaridad y reciprocidad [...] Todos tienen sus padrinos. Si no tienes padrino, no llegas al puesto». El tercer nivel estaría integrado por los jueces superiores y supremos, ingresados a la judicatura por contactos gestados en la vida universitaria o por conexiones familiares. Según Mujica, la venta de sentencias es un fenómeno más propio de los jueces de primera instancia que de los superiores; estos aparecen más relacionados al padrinazgo,

Que sea por un excesivo culto a la ley, por la instauración de un Poder Judicial que sigue el modelo napoleónico (burocrático) colocando al magistrado en una situación de dependencia real (Andrés y Movilla 1986: 30), por una estructura vertical de relaciones interinstitucionales (Bobbio 1986: 65) que propicia el secretismo y reniega de los valores democráticos, sencillamente por indecencia o por protección a una estructura desigualitaria de poder es indiferente. Ahora, como antaño, el descrédito de los jueces es evidente. Como diría Eguiguren:

Para nadie es un secreto que la mayoría de los peruanos no confían en el sistema judicial y están decepcionados de la administración de justicia. Han interiorizado la impresión de que el Poder Judicial es un reducto en el que subsisten ritos y prácticas anacrónicas, donde el «formalismo» tiende dramáticamente a prevalecer sobre la misión de hacer justicia. Esta devaluada percepción social se complementa, más recientemente, con la afirmación de que el personal que labora en la función judicial es corrupto o profesionalmente mediocre (o ambas cosas), y que se encuentra resueltamente sometido al poder político de turno, así como a los intereses económicos dominantes (1999: V)<sup>23</sup>.

---

al tráfico de influencias y al nepotismo. Las expresiones se encuentran en el libro de Althaus citado.

23 De paso, habría que anotar que el mundo de los abogados tampoco deja de estar exento de crítica. Luis Pásara (2004) ha indicado que esos efectos de la desconfianza aumentan no solo por la propia estructura judicial, sino porque todos los entes vinculados al sistema de justicia presentan las mismas deficiencias. Hay, además, como ha estudiado Pásara, responsabilidad de las universidades en este problema dada la profusión de facultades de Derecho que han originado la propensión al facilismo en los estudios, el establecimiento de filiales y estudios externos, la preferencia al autodidactismo, la falta de profesores capacitados y, como correlato, una deficiente formación y un pésimo servicio profesional. En otro estudio realizado sobre el rol de los abogados, partiendo de una estructura que tiene como eje tres hipótesis: (i) estratificación en los servicios profesionales agrupados en dos polos: uno minoritario, de alta calidad profesional, y otro mayoritario, que atiende a las clases bajas y medias, con poca calidad profesional; (ii) conocimiento superficial, falta de solidez en el razonamiento, dificultad en la escritura; y (iii) como consecuencia de lo expuesto: congestión, dilación y corrupción, Pásara sostendrá que la estratificación profesional se encuentra acreditada, pero que «la promesa de ganar el caso y el objetivo de ganarlo a cualquier costo parecen ser compartidos por ambos sectores»; agrega que se presenta una asimetría abogado-cliente que genera que «el cliente de los sectores socioeconómicos más bajos [reaccione] ante este tipo de relación con desconfianza» (2005: 15).



Que Alegría, para reflejar su concepción del juez, cuente la fábula del sapo, la cigarra y la garza, resulta de lo más sintomático. La narración es simple. Un sapo y una cigarra enfrascados en la discusión de quién canta mejor van en busca de un juez que decida lo más conveniente. Cuando encuentran a la garza le preguntan si sabe cantar. «¿Y quiénes son ustedes para pedirme prueba? Mi canto es muy fino, despreciables gritones. Si quieren, aprovechen mi justicia; si no, sigan su camino», les dice. El sapo llega a la conclusión de que no tienen derecho a juzgar a su juez y decide con la cigarra acercarse a la garza para que escuche sus cantos. «El sapo se puso a cantar, indiferente a todo, seguro del triunfo y mientras tanto la garza se comió a la cigarra. Cuando el sapo terminó, dijo la garza: “Ahora, seguiré la discusión en mi buche”, y también se lo comió. Y la garza, satisfecha de su acción, encogió una pata y siguió mirando tranquilamente el agua» (177)<sup>24</sup>.

Esa es la imagen que Alegría tiene del juez: la de un tipo que se encarga de mentir y que se traga a aquellos que vienen en su auxilio. Idea tan clara y de la que nadie parece salvarse, ni la Corte Suprema, que falla en contra de la comunidad, mientras a Rosendo lo aniquilaban en prisión ya sin confianza en la justicia de los hombres.

---

24 Es también sintomático que cuando Rosendo Maqui tenga que decidir sobre Abdón, el cazador de «venaos», no apele a la ley, sino a la justicia. «¿Quién puede asegurar que el venao ha comido siempre pasto de la comunidad? Puede haber comido el de una hacienda vecina y venido después a la comunidad». Y agregará, en giro especial: «La justicia es la justicia» (12), y a ella se llega amando, porque «Rosendo ama innumerables cosas, quizás todas las cosas, y entonces las entiende porque está cerca de ellas, conviviendo con ellas, según el resorte que mueva su amor [...]. Su sabiduría, pues, no excluye la inocencia y la ingenuidad. No excluye ni aun la ignorancia» (51-52). Acaso por eso mismo el Fiero Vásquez decidió invocar al Justo Juez y no a la justicia humana (140).

## Coda

Esta novela ha estado al cuidado de Gladys Flores Heredia y se une a la de *Ciro Alegría: asedios jurídicos*, *La serpiente de oro* y *Los perros hambrientos*, del mismo autor, publicadas también por el Fondo Editorial del Poder Judicial.

Es esta institución la que me ha pedido escribir una presentación para esta novela, acaso por el cariño que le tengo a la obra de *Ciro Alegría*, cuyos dos primeros libros, en la edición de la Biblioteca Peruana, formaron parte de mis lecturas más queridas.

Pero soy juez, y un libro, como se sabe, puede ser objeto de múltiples perspectivas. La mía, como se advierte, es una que parte desde mi actividad laboral. Una visión limitada, sin duda, pero que ofrece la obra desde la severa censura que *Alegría* hizo a la actividad judicial y al mundo del derecho. Soy de los que creen que solo reparando en nuestros errores podemos emprender el camino de la necesaria enmienda. Y en eso nos ayuda la literatura, a veces más franca y más clara que los artilugios de las leyes y los debates de la doctrina.

Que el Poder Judicial haya publicado las obras de *Albújar* y *Alegría* es ya motivo de satisfacción; que en ellas haya incluido *El mundo es ancho y ajeno*, novela de denuncia, un orgullo, que demuestra, a pesar de uno que otro vaivén, un camino trazado y un paso firme.

CARLOS CALDERÓN PUERTAS

Juez supremo provisional de la Sala Civil Transitoria

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALEGRÍA, Ciro (1980). *Mucha suerte con harto palo*. Bogotá: Oveja Negra.
- ALTHAUS, Jaime de (2016). *La gran reforma (de la seguridad y de la justicia)*. Lima: Planeta.
- ANDRÉS IBÁÑEZ, Perfecto y MOVILLA, Claudio (1986). *El Poder Judicial*. Madrid: Tecnos.
- BARRIG, Maruja (1980). *La ley es la ley. La justicia en la literatura peruana*. Lima: Cedys.
- BOBBIO, Norberto (1986). *El futuro de la democracia*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- EGUIGUREN PRAELI, Francisco (1999). *¿Qué hacer con el sistema judicial?* Lima: Agenda.
- ESCAJADILLO, Tomás G. (2018). *Alegría y El mundo es ancho y ajeno*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- GONZÁLEZ PRADA, Manuel (1986). *Horas de lucha*. En *Obras*. Tomo II, vol. 3. Lima: Ediciones Copé.
- LANZUELA CORELLA, María Luisa (2000). «La literatura como fuente histórica: Benito Pérez Galdós». En SEVILLA ARROYO, Florencio y ALVAR ESQUERRA, Carlos (coords.). *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Madrid 6-11 de julio de 1998*. Vol. 2. Madrid: Castalia, 259-266. Recuperado de [https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih\\_13\\_2\\_032.pdf](https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih_13_2_032.pdf)
- PARDO Y ALIAGA, Felipe (1886). *Constitución política: poema descriptivo*. Bogotá: s. e.
- PÁSARA, Luis (2004). *La enseñanza del derecho: su impacto sobre la administración de justicia*. Recuperado de [http://justiciaviva.org.pe/acceso\\_justicia/publicaciones/facultades\\_de\\_derecho\\_pasara.pdf](http://justiciaviva.org.pe/acceso_justicia/publicaciones/facultades_de_derecho_pasara.pdf)

- \_\_\_\_\_ (2005). *Los abogados de Lima en la administración de justicia: una aproximación preliminar*. Lima: Consorcio Justicia Viva.
- RAMOS NÚÑEZ, Carlos (2007). *La pluma y la ley*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.
- SALAS GUERRERO, César Augusto (1998). «El Proyecto de la Constitución del Murciélago (1868)». *Pensamiento Constitucional*, 5, 305-319. Recuperado de <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/pensamientoconstitucional/article/viewFile/3251/3088>
- SÁNCHEZ, Luis Alberto (1966). *La literatura peruana*. Tomo IV. Lima: Ediciones de Ediventas.
- \_\_\_\_\_ (1977). *La juramentación de Darío Beltrán*. Lima: Mosca Azul.
- SCORZA, Manuel (2008). *Redoble por Rancas*. Lima: Universidad Alas Peruanas.
- RODRÍGUEZ CHÁVEZ, Iván (2018). «El derecho en *El mundo es ancho y ajeno*». En TÁVARA, Francisco (comp.). *Ciro Alegría: asedios jurídicos*. Lima: Fondo Editorial del Poder Judicial, 61-155.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir (2009). «Notas sobre (hacia) el boom III: nueva y vieja nueva novela». *Otro lunes. Revista Hispanoamericana de Cultura*, 3, 7. Recuperado de <http://otrolunes.com/archivos/07/html/recycle/recycle-n07-a01-p01-2009.html>
- VARGAS LLOSA, Mario (1967). «Ciro Alegría según Mario Vargas Llosa». *Caretas*. Recuperado de <http://www.leeporgusto.com/ciro-alegría-según-mario-vargas-llosa/>
- \_\_\_\_\_ (1997). *Los cuadernos de don Rigoberto*. Madrid: Santillana.

\_\_\_\_\_ (2017). *La tía Julia y el escribidor*. Madrid: Penguin  
Random House.

VARONA, Dora (2008). *Ciro Alegría y su sombra*. Lima: Planeta.

## ESTA EDICIÓN

Ciro Alegría (1909-1967) es un escritor cuya obra supera el paso del tiempo. Su primera novela, *La serpiente de oro* (1935), fue escrita hace ochenta y cuatro años; la segunda, *Los perros hambrientos* (1939), hace ochenta años, y *El mundo es ancho y ajeno* (1941) hace setenta y ocho años, es decir, su trilogía novelística tiene más de medio siglo y aún sigue vigente. Ello se puede corroborar, pues en el campo especializado se continúan produciendo textos críticos sobre su obra, y en el ámbito de las aulas escolares y universitarias aún se debate sobre la actualidad de las historias que viven sus personajes y la pervivencia de las profundas heridas abiertas por la desigualdad e injusticia que aún no han podido cerrar el Estado peruano y sus instituciones.

La publicación de las *Novelas esenciales* de Ciro Alegría por el Fondo Editorial del Poder Judicial tiene como objetivo generar un espacio de diálogo para que los lectores especializados y no especializados intercambien opiniones sobre los retos que ofrece la narrativa de este insigne hombre de letras. Desafíos que plantea la novelística de Alegría en el sentido de que presentan a los lectores historias frente a las que se debe tomar una postura a favor o en contra. La literatura, los problemas sociales que esta representa y la actitud que tienen los lectores frente a estos hechos son los

componentes que interactúan y que posibilitan la reflexión. De hecho, en la trilogía narrativa de Ciro Alegría existen un sinnúmero de elementos narrativos para reflexionar sobre la búsqueda de justicia en el Perú. De este modo, el Fondo Editorial del Poder Judicial crea una productiva interacción entre las disciplinas del derecho y la literatura.

Ciro Alegría tuvo en vida y en muerte a una especialista que cuidó celosamente sus textos. Ella fue su viuda, doña Dora Varona (1930-2018), poeta, narradora e infatigable editora, que supo de este proyecto y desde un principio fue la principal impulsora para su realización. Lastimosamente, la enfermedad que padecía terminó por arrebatárnosla cuando se la veía más vital y llena de tantos planes editoriales. Ella me facilitó las ediciones y me narró las peripecias detrás de los libros de Ciro Alegría. Por ello, quiero agradecerle en estas líneas por la confianza y por las lecciones de vida que me dejó. Tras su sentida partida, y para que este proyecto se cristalice, fue importante el respaldo de los hijos del autor. Por ello, en estas líneas queremos agradecer a los herederos del autor, en especial a Ciro Benjamín Alegría Varona, quien es el administrador de la Sucesión Ciro Alegría. Genaro Llanqui fue también un interlocutor clave para la concreción de este proyecto editorial, sin su generosa ayuda probablemente las novelas esenciales seguirían siendo un proyecto por venir. Cabe mencionar que el Dr. Francisco Távara Córdova, juez supremo y director del Fondo Editorial, ha sido el creador de este espacio de diálogo entre el derecho y la literatura, estratégica interacción que creemos fundamental en una sociedad del conocimiento que necesita del diálogo interdisciplinario para poder comprender mejor el curso de la vida de sus ciudadanos.

Este conjunto de *Novelas esenciales*, conformado por la trilogía novelística de Ciro Alegría, se publica en tres tomos teniendo en cuenta el orden cronológico de su aparición:

- 1935 *La serpiente de oro*. Primera edición. Santiago de Chile: Nascimento.
- 1939 *Los perros hambrientos*. Primera edición. Santiago de Chile: Zig-Zag.
- 1941 *El mundo es ancho y ajeno*. Primera edición. Santiago de Chile: Ercilla.

Estas primeras ediciones se han cotejado con algunas otras para poder realizar esta publicación:

- 1959 *Novelas completas*. Madrid: Aguilar.
- 1968 *El mundo es ancho y ajeno*. Buenos Aires: Losada.
- 1978 *El mundo es ancho y ajeno*. Prólogo, cronología y bibliografía de Antonio Cornejo Polar. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- 2000 *El mundo es ancho y ajeno*. Introducción, notas, bibliografía y glosario de Carlos Villanes. Madrid: Ediciones de La Torre.
- 2004 *Novelas y cuentos*. Selección, prólogo y cronología de Ricardo Silva-Santisteban. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- 2004 *Los perros hambrientos*. Edición, introducción y notas de Carlos Villanes. Madrid: Cátedra.
- 2017 *La serpiente de oro*. Estudio preliminar de Alberto Escobar. Lima: Academia Peruana de la Lengua.

Para la presente publicación se han realizado diversos procesos de edición, sobre todo, la comparación de las ediciones existentes con la primera edición. La regla que se sigue es la de proporcionar al lector una edición rigurosa por el cuidado que se tiene de página en página para que en estas no se produzca ningún error ortográfico, ortotipográfico, mucho menos uno de amputación o repetición de segmentos narrativos. Y para que



las *Novelas esenciales* de Ciro Alegría sean accesibles a los lectores del siglo XXI, se han aplicado las reglas de puntuación y tildación vigentes. Se ha respetado el parlamento que tienen los personajes toda vez que el estilo del autor busca reproducir el habla cotidiana de los habitantes de la comunidad de Rumi. De esta manera, procuramos poner al alcance del lector una edición confiable de la trilogía novelística esencial de Ciro Alegría.

GLADYS FLORES HEREDIA

EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO



**CIRO ALEGRIA**



**EL MUNDO  
ES ANCHO  
Y AJENO**

CHAVIN  
7/6

ediciones ercilla

Carátula de la primera edición de *El mundo es ancho y ajeno* (1941).

## I. ROSENDO MAQUI Y LA COMUNIDAD

• DESGRACIA!

Una culebra ágil y oscura cruzó el camino dejando en el fino polvo removido por los viandantes la canaleta leve de su huella. Pasó muy rápidamente, como una negra flecha disparada por la fatalidad, sin dar tiempo para que el indio Rosendo Maqui empleara su machete. Cuando la hoja de acero fulguró en el aire ya el largo y bruñido cuerpo de la serpiente ondulaba perdiéndose entre los arbustos de la vera.

¡Desgracia!

Rosendo guardó el machete en la vaina de cuero sujeta a un delgado cincho que negreaba sobre la coloreada faja de lana y se quedó, de pronto, sin saber qué hacer. Quiso al fin proseguir su camino, pero los pies le pesaban. Se había asustado, pues. Entonces se fijó en que los arbustos formaban un matorral donde bien podía estar la culebra. Era necesario terminar con la alimaña y su siniestra agorería. Es la forma de conjurar el presunto daño en los casos de la sierpe y el búho. Después de quitarse el poncho para maniobrar con mayor desenvoltura en medio de las ramas y las ojotas para no hacer bulla, dio un táctico rodeo y penetró blandamente, machete en mano entre los arbustos. Si alguno de los comuneros lo hubiera visto en esa hora, en mangas de camisa y husmeando con un aire de can inquieto, quizá habría dicho: «¿Qué hace ahí el anciano alcalde, no será

que le falta el buen sentido?». Los arbustos eran únicos de tallos retorcidos y hojas lustrosas, rodeando a las que se arracimaban —había llegado el tiempo— unas moras lilas. A Rosendo Maqui le placían, pero esa vez no intentó probarlas siquiera. Sus ojos de animal en acecho, brillantes de fiereza y deseo recorrían todos los vericuetos alumbrando las secretas zonas en donde la hormiga cercena y transporta su brizna, el moscardón ronronea su amor, germina la semilla que cayó en el fruto rendido de madurez o del vientre de un pájaro, y el gorgojo labra inacabablemente su perfecto túnel. Nada había fuera de esa existencia escondida. De súbito, un gorrión echó a volar y Rosendo vio el nido, acomodado en un horcón donde dos polluelos mostraban sus picos triangulares y su desnudez friolenta. El reptil debía estar por allí, rondando en torno a esas inermes vidas. El gorrión fugitivo volvió con su pareja y ambos piaban saltando de rama en rama, lo más cerca del nido que le permitía su miedo al hombre. Este hurgó con renovado celo, pero en definitiva no pudo encontrar a la aviesa serpiente. Salió del matorral y después de guardar el machete, se colocó las prendas momentáneamente abandonadas —los vivos colores del poncho solían, otras veces, ponerlo contento— y continuó la marcha.

¡Desgracia!

Tenía la boca seca, las sienas ardientes y se sentía cansado. Esa búsqueda no era tarea de fatigarse y considerándolo tuvo miedo. Su corazón era el pesado, acaso. Él presentía, sabía que estaba agobiado de angustia. Encontró a poco un muriente arroyo que arrastraba una diáfana agüita silenciosa y, ahuecando la falda de su sombrero de junco, recogió la suficiente para hartarse a largos tragos. El frescor lo reanimó y reanudó su viaje con alivianado paso. Bien mirado —se decía— la culebra oteó desde un punto elevado de la ladera el nido de gorriones y entonces bajó con la intención de comérselos. Dio la casualidad que él pasara por el camino en el momento en que ella lo cruzaba.

Nada más. O quizá, previendo el encuentro, la muy ladina dijo: «Aprovecharé para asustar a ese cristiano». Pero es verdad también que la condición del hombre es esperanzarse. Acaso únicamente la culebra sentenció: «Ahí va un cristiano desprevenido que no quiere ver la desgracia próxima y voy a anunciársela». Seguramente era esto lo cierto, ya que no la pudo encontrar. La fatalidad es incontrastable.

¡Desgracia! ¡Desgracia!

Rosendo Maqui volvía de las alturas, a donde fue con el objeto de buscar algunas yerbas que la curandera había recetado a su vieja mujer. En realidad, subió también porque le gustaba probar la gozosa fuerza de sus músculos en la lucha con las escarpadas cumbres y luego, al dominarlas, llenarse los ojos de horizontes. Amaba los amplios espacios y la magnífica grandeza de los Andes. Gozaba viendo el nevado Urpillau, canoso y sabio como un antiguo amauta; el arisco y violento Huarca, guerrero en perenne lucha con la niebla y el viento; el aristado Huilloc, en el que un indio dormía eternamente de cara al cielo; el agazapado Puma, justamente dispuesto como un león americano en trance de dar el salto; el rechoncho Suni, de hábitos pacíficos y un poco a disgusto entre sus vecinos; el eglógico Mamay, que prefería prodigarse en faldas coloreadas de múltiples sembríos y apenas hacía asomar una arista de piedra para atisbar las lejanías; y este, y ese, y aquel y esotro... El indio Rosendo los animaba de todas las formas e intenciones imaginables y se dejaba estar mucho tiempo mirándolos. En el fondo de sí mismo, creía que los Andes conocían el emocionante secreto de la vida. Él los contemplaba desde una de las lomas del Rumi, cerro rematado por una cima de roca azul que apuntaba al cielo con voluntad de lanza. No era tan alto como para coronarse de nieve ni tan bajo que se lo pudiera escalar fácilmente. Rendido por el esfuerzo ascendente de su cúspide audaz, el Rumi hacía ondular a un lado y otro,



picos romos de más fácil acceso. Rumi quiere decir piedra y sus laderas altas estaban efectivamente sembradas de piedras azules, casi negras, que eran como lunares entre los amarillos pajonales silbantes. Y así como la adustez del picacho atrevido se ablandaba en las cumbres inferiores, la inclemencia mortal del pedrerío se anulaba en las faldas. Estas descendían vistiéndose más y más de arbustos, herbazales, árboles y tierras labrantías. Por uno de sus costados descendía una quebrada amorosa con toda la bella riqueza de su bosque colmado y sus caudalosas aguas claras. El cerro Rumi era a la vez arisco y manso, contumaz y auspicioso, lleno de gravedad y de bondad. El indio Rosendo Maqui creía entender sus secretos físicos y espirituales como los suyos propios. Quizá decir esto no es del todo justo. Digamos más bien que los conocía como a los de su propia mujer porque, dado el caso, debemos considerar el amor como acicate del conocimiento y la posesión. Solo que la mujer se había puesto vieja y enferma y el Rumi continuaba igual que siempre, nimbado por el prestigio de la eternidad. Y Rosendo Maqui acaso pensaba o más bien sentía: «¿Es la tierra mejor que la mujer?». Nunca se lo había explicado, en definitiva, pero él quería y amaba mucho a la tierra.

Volviendo de esas cumbres, la culebra le salió al paso con su mensaje de desdicha. El camino descendía prodigándose en repetidas curvas, como otra culebra que no terminara de bajar la cuesta. Rosendo Maqui, aguzando la mirada, veía ya los techos de algunas casas. De pronto, el dulce oleaje de un trival en sazón murió frente a su pecho, y recomenzó de nuevo, allá lejos, y vino hacia él otra vez con blando ritmo.

Invitaba a ser vista la lenta ondulación y el hombre sentose sobre una inmensa piedra que, al caer de la altura, tuvo el capricho de detenerse en una eminencia. El trival estaba amarilleando, pero todavía quedaban algunas zonas verdes. Parecía uno de esos extraños lagos de las cumbres, tornasolados por la

refracción de la luz. Las grávidas espigas se mecían pausadamente produciendo una tenue crepitación. Y de repente, sintió Rosendo como que el peso que agobiaba su corazón desaparecía y todo era bueno y bello como el sembrío de lento oleaje estimulante. Así tuvo serenidad y consideró el presagio como el anticipo de un acontecimiento ineluctable ante el que solo cabía la resignación. ¿Se trataba de la muerte de su mujer? ¿O de la suya? Al fin y al cabo, ambos eran muy viejos y debían morir. A cada uno en su tiempo. ¿Se trataba de algún daño a la comunidad? Tal vez. En todo caso, él había logrado ser siempre un buen alcalde.

Desde donde se encontraba en ese momento, podía ver el caserío, sede modesta y fuerte de la comunidad de Rumi, dueña de muchas tierras y ganados. El camino bajaba para entrar al fondo de una hoyada, entre dos hileras de pequeñas casas que formaban lo que pomposamente se llamaba Calle Real. En la mitad, la calle se abría por uno de sus lados, dando acceso a lo que también pomposamente se llamaba Plaza. Al fondo del cuadrilátero sombreado por uno que otro árbol, se alzaba una recia capilla. Las casitas, de techos rojos de tejas o grises de paja, con paredes amarillas o violetas o cárdenas, según el matiz de la tierra que las enlucía, daban por su parte interior a particulares sementeras —habas, arvejas, hortalizas—, bordeadas de árboles frondosos, tunas jugosas y pencas azules. Era hermoso ver el cromo jocundo del caserío y era más hermoso vivir en él. ¿Sabe algo la civilización? Ella, desde luego, puede afirmar o negar la excelencia de esa vida. Los seres que se habían dado a la tarea de existir allí, entendían desde hacía siglos, que la felicidad nace de la justicia y que la justicia nace del bien de todos. Así lo había establecido el tiempo, la fuerza de la tradición, la voluntad de los hombres y el seguro don de la tierra. Los comuneros de Rumi estaban contentos de su vida.

Esto es lo que sentía también Rosendo en ese momento —decimos sentía y no pensaba, por mucho que estas cosas, en

último término formaron la sustancia de sus pensamientos— al ver complacidamente sus lares nativos. Trepano la falda, a un lado y otro del camino ondulaba el trigo pródigo y denso. Hacia allá, pasando las filas de casas y sus sementerías variopintas, se erguía, por haberle elegido esa tierra más abrigada, un maizal barbado y rumoroso. Se había sembrado mucho y la cosecha sería buena.

El indio Rosendo Maqui estaba encucillado tal un viejo ídolo. Tenía el cuerpo nudoso y cetrino como el lloque —palo contorsionado y durísimo—, porque era un poco vegetal, un poco hombre, un poco piedra. Su nariz quebrada señalaba una boca de gruesos labios plegados con un gesto de serenidad y firmeza. Tras las duras colinas de los pómulos brillaban los ojos, oscuros lagos quietos. Las cejas eran una crestería. Podría afirmarse que el Adán americano fue plasmado según su geografía; que las fuerzas de la tierra, de tan enérgicas, eclosionaron en un hombre con rasgos de montaña. En sus sienes nevaba como en las del Urpillau. Él también era un venerable patriarca. Desde hacía muchos años, tantos que ya no los podía contar precisamente, los comuneros lo mantenían en el cargo de alcalde o jefe de la comunidad, asesorado por cuatro regidores que tampoco cambiaban. Es que el pueblo de Rumi se decía: «El que ha dao güena razón hoy, debe dar güena razón mañana», y dejaba a los mejores en sus puestos. Rosendo Maqui había gobernado demostrando ser avisado, tranquilo, justiciero y prudente.

Le placía recordar la forma en que llegó a ser regidor y luego alcalde. Se había sembrado en tierra nueva y el trigo nació y creció impetuosamente, tanto que su verde oscuro llegaba a azulear de puro lozano. Entonces Rosendo fue donde el alcalde de ese tiempo: «Taita, el trigo crecerá mucho y se tenderá, pudiéndose la espiga y perdiéndose». La primera autoridad había sonreído y consultado el asunto con los regidores, que sonrieron a su vez. Rosendo insistió: «Taita, si dudas, déjame salvar

la mitá». Tuvo que rogar mucho. Al fin el consejo de dirigentes aceptó la propuesta y fue segada la mitad de la gran chacra de trigo que había sembrado el esfuerzo de los comuneros. Ellos, curvados en la faena, más trigueños sobre la intensa verdura tierna del trigo, decían por lo bajo: «Estas son novedades del Rosendo». «Trabajo perdido», murmuraba algún indio gruñón. El tiempo habló, en definitiva. La parte segada creció de nuevo y se mantuvo firme. La otra, ebria de energía, tomó demasiada altura, perdió el equilibrio y se tendió. Entonces los comuneros admitieron: «Sabe, habrá que hacer regidor al Rosendo». Él, para sus adentros, recordaba haber visto un caso igual en la hacienda Sorave.

Hecho regidor, tuvo un buen desempeño. Era activo y le gustaba estar en todo, aunque guardando la discreción debida. Cierta vez se presentó un caso raro. Un indio llamado Abdón tuvo la extraña ocurrencia de comprar una vieja escopeta a un gitano. En realidad, la trocó por una carga de trigo y ocho soles en plata. Tan extravagante negocio desde luego, no paró allí. Abdón se dedicó a cazar venados. Sus tiros retumbaban una y otra vez cerros allá, cerros arriba, cerros adentro. En las tardes volvía con una o dos piezas. Algunos comuneros decían que estaba bien y otros que no, porque Abdón mataba animalitos inofensivos e iba a despertar la cólera de los cerros. El alcalde, que era un viejo llamado Ananías Challaya y a quien el cazador obsequiaba siempre con el lomo de los venados, nada decía. Es probable que tal presente no influyera mucho en su mutismo, pues su método más socorrido de gobierno era, si hemos de ser precisos, el de guardar silencio. Entre tanto, Abdón seguía cazando y los comuneros murmurando. Los argumentos en contra de la cacería fueron en aumento hasta que un día, un indio reclamador llamado Pillco, presentó acompañado de otros su protesta: «¿Cómo es posible —le dijo al alcalde— que el Abdón mate los venaos porque se le antoja? En todo caso, ya

que los venaos comen el pasto de las tierras de la comunidad, que reparta la carne entre todos». El alcalde Ananías Challaya se quedó pensando y no sabía cómo aplicar con éxito aquella vez su silenciosa fórmula de gobierno. Entonces fue que el regidor Rosendo Maqui pidió permiso para hablar y dijo: «Ya habíá escuchao esas murmuraciones y es triste que los comuneros pierdan su tiempo de ese modo. Si el Abdón se compró escopeta, jue su gusto, lo mesmo que si cualquiera va al pueblo y se compra un espejo o un pañuelo. Es verdad que mata los venaos, pero los venaos no son de nadie. ¿Quién puede asegurar que el venao ha comido siempre pasto de la comunidad? Puede haber comido el de una hacienda vecina y venido después a la comunidad. La justicia es la justicia. Los bienes comunes son los que produce la tierra mediante el trabajo de todos. Aquí el único que caza es Abdón y es justo que aproveche de su arte. Y yo quiero hacer ver a los comuneros que los tiempos van cambiando y no debemos ser muy rigurosos. Abdón, de no encontrarse a gusto con nosotros, se aburriría y quién sabe si se iría. Es necesario pues, que cada uno se sienta bien aquí, respetando los intereses generales de la comunidad». El indio Pillco y sus acompañantes, no sabiendo cómo responder a tal discurso, asintieron y se fueron diciendo: «Piensa derecho y dice las cosas con güena palabra. Sería un alcalde de provecho». Referiremos de paso que los lomos de venado cambiaron de destinatario y fueron a dar a manos de Rosendo y que otros indios adquirieron también escopetas, alentados por el éxito de Abdón.

Y llegó el tiempo en que el viejo Ananías Challaya fue a guardar un silencio definitivo bajo la tierra y como era de esperarse, resultó elegido en su reemplazo el regidor Rosendo Maqui. Desde entonces vio aumentar su fama de hombre probo y justiciero y no dejó nunca de ser alcalde. En veinte leguas a la redonda, la indiada hablaba de su buen entendimiento y su rectitud y

muchas veces llegaban campesinos de otros sitios en demanda de su justicia. El más sonado fue el fallo que dio en el litigio de dos colonos de la hacienda Llacta. Cada uno poseía una yegua negra y dio la coincidencia que ambas tuvieron, casi al mismo tiempo crías iguales. Eran dos hermosos y retozones potrillos también negros. Y ocurrió que uno de los potrillos murió súbitamente acaso de una cox propinada por un miembro impaciente de la yeguada, y los dos dueños reclamaban al vivo como suyo. Uno acusaba al otro de haber obtenido con malas artes nocturnas, que el potrillo se «pegara» a la que no era su madre. Fueron en demanda de justicia donde el sabio alcalde Rosendo Maqui. Él oyó a los dos sin hacer un gesto y sopesó las pruebas y contrapruebas. Al fin dijo, después de encerrar al potrillo en el corral de la comunidad: «Llévense sus yeguas y vuelvan mañana». Al día siguiente regresaron los litigantes sin las yeguas. El severo Rosendo Maqui masculló agriamente: «Traigan también las yeguas» y se quejó de que se le hiciera emplear más palabras de las que eran necesarias. Los litigantes tornaron con las yeguas, el juez las hizo colocar en puntos equidistantes de la puerta del corralón y personalmente la abrió para que saliera el potrillo. Al verlo, ambas yeguas relincharon al mismo tiempo, el potrillo detúvose un instante a mirar y, decidiéndose fácilmente galopó lleno de gozo hacia una de las emocionadas madres. Y el alcalde Rosendo Maqui dijo solemnemente al favorecido: «el potrillo es tuyo» y al otro, explicándole: «el potrillo conoce desde la hora de nacer el relincho de su madre y lo ha obedecido». El perdedor era el acusado de malas artes, quien no se conformó y llevó el litigio ante el juez de la provincia. Este, después de oír afirmó: «es una sentencia salomónica». Rosendo lo supo y como conocía quién era Salomón —digamos nosotros, por nuestro lado, que este es el sabio más popular del orbe— se puso contento. Desde entonces han pasado muchos, muchos años...

Y he allí al alcalde Rosendo Maqui, que ha llegado a viejo a su turno. Ahora continúa sobre el pedrón, a la orilla del trigal, entregado a sus recuerdos. Su inmovilidad lo une a la roca y ambos parecen soldados en un monolito. Va cayendo la tarde y el sol toma un tinte dorado. Abajo, en el caserío, el vaquero Inocencio está encerrando los terneros y las madres lamentan con inquietos bramidos la separación. Una india de pollera colorada va por el senderillo que cruza la plaza. Curvado bajo el peso de un gran haz, avanza un leñador por media calle y ante la puerta de la casa de Amaro Santos se ha detenido un jinete. El alcalde colige que debe ser el mismo Amaro Santos, quien le pidió un caballo para ir a verificar algunas diligencias en el pueblo cercano. Ya desmonta y entra a la casa con andar pausado. Él es.

La vida continuaba igual. Plácida y tranquila. Un día más va a pasar, mañana llegará otro que pasará a su vez y la comunidad de Rumi permanecerá siempre, decía Rosendo. ¡Si no fuera por esa maldita culebra! Recordó que los cóndores se precipitan desde lo alto con rapidez y precisión de flecha para atrapar la culebra que han visto y que luego levantan el vuelo con ella, que se retuerce desesperadamente a fin de ir a comérsela en los picachos donde anidan. Tenían buenos ojos los cóndores. Él, desgraciadamente, no era un cóndor. En su mocedad había hecho de cóndor en las bandas de danzantes que animaban las ferias. Se ponía una piel de cóndor con cabeza y plumas y todo. La cabeza de pico ganchudo y tiesa cresta renegrida quedaba sobre la suya propia y las negras alas manchadas de blanco le descendían por los hombros hasta la punta de los dedos. Danzaba agitando las alas y profiriendo roncros graznidos. Como tras una niebla veía aún al viejo Chauqui. Este afirmaba que en tiempos antiguos los indios de Rumi creían ser descendientes de los cóndores.

A todo esto, Rosendo Maqui cae en la cuenta de que él, probablemente, es el único que conoce la aseveración de Chauqui

y otras muchas cuestiones relacionadas con la comunidad. ¿Y si se muriera de repente? En verdad, al rescoldo del fogón y de su declinante memoria, había relatado abundantes acontecimientos, pero nunca en orden. Lo haría pronto, durante las noches en que mascaban coca junto a la lumbre. Su hijo Abram tenía buen juicio y también lo escucharían los regidores y Anselmo. ¡Recordar! Había visto y oído mucho. El tiempo borró los detalles superfluos y las cosas se le aparecían nítidamente, como esos estilizados dibujos que los artistas nativos suelen burilar en la piel lisa y áurea de las calabazas. Empero, algunos trazos habían envejecido demasiado y tendían a esfumarse, roídos también por la vejez. Su primer recuerdo —anotemos que Rosendo confunde un tanto las peripecias personales con las colectivas— estaba formado por una mazorca de maíz. Era todavía niño cuando su taita se la alcanzó durante la cosecha y él quedose largo tiempo contemplando emocionadamente las hileras de granos lustrosos. A su lado dejaron una alforja atestada. La alforja lucía hermosas listas rojas y azules. Quizá por ser estos los colores que primero le impresionaron, los amaba y se los hacía prodigar en los ponchos y frazadas. También le gustaba el amarillo, sin duda por revelar la madurez del trigo y el maíz. Bien visto, el negro le placía igualmente, acaso porque era así la inmensidad misteriosa de la noche. La cabeza centenaria de Rosendo trataba de buscar sus razones. Digamos nosotros que en su ancestro hubiera podido encontrar el rutilante amarillo del oro ornamental del incario. En último análisis, haciéndolo muy estricto, advertía que le gustaban todos los colores del arco iris. Solo que el mismo arco iris, tan hermoso, era malo. Enfermaba a los comuneros cuando se les metía en el cuerpo. Entonces la curandera Nasha Suro les daba un ovillo de lana de siete colores que debían desenvolver y, haciéndolo así, se sanaban. Justamente ahora su anciana mujer, Pascuala, estaba tejiendo una alforja de muchos colores. Ella decía: «colores claritos pa



poderlos ver; ya no veo; ya estoy vieja». A pesar de todo, hacía un trabajo parejo y hermoso. Se había puesto muy enferma en los últimos tiempos y decía a menudo que se iba a morir. Envueltas en un pañuelo rojo —el pequeño atado cuelga junto al machete—, le lleva las yerbas recetadas por la entendida: huarajo, cola de caballo, sepiquegua, culén. La idea de la muerte se le afirmó a Pascuala desde una noche en que se soñó caminando tras de su padre, que ya era difunto. Ella amaneció a decir al marido: «me voy a morir: mi taita ha venido a llevarme anoche». Rosendo le había contestado: «no digas esas cosas, ¿quién no sueña?», pero en el fondo de su corazón tuvo pena y miedo. Se guardaban un afecto tranquilo. Ahora, es decir, no había sido así siempre. En su mocedad se amaron de igual modo que ama al agua la tierra ávida. Él la buscaba, noche a noche, como a un dulce fruto de la sombra, y ella, a veces, se le rendía bajo el sol en medio campo, cual una gacela. Habían tenido cuatro hijos y tres hijas. Abram, el mayor, era un diestro jinete; el segundo, Pancho, amansaba toros con mano firme; Nicasio, que le seguía, labraba bateas y cucharas de aliso que eran un primor, y el último, Evaristo, algo entendía de acerar barretas y rejas de arado. Estas resultaban en verdad, sus habilidades adicionales. Todos eran agricultores y su vida tenía que ver en primer lugar con la tierra. Se habían casado y puesto casa aparte. En cuanto a las hijas, Teresa, Otilia y Juanacha, ya estaban casadas también. Como conviene a la mujer, sabían hilar, tejer, cocinar y, desde luego, parir robustos niños. Rosendo no estaba muy contento de Evaristo. Cuando le dio por la herrería, tuvo que mandarlo al pueblo como aprendiz en el taller de don Jacinto Prieto y allí, además de domar el metal, se acostumbró a beber más de lo debido. No solo le gustaba la chicha sino también el alcohol terciado, esa fiera toma de poblanos. Hasta ron de quemar bebía en ocasiones el muy bruto. Tampoco estaba muy contento de la Eulalia, mujer de su hijo mayor. Era una china holgazana y

ardilosa y asombraba considerar cómo Abram, hombre de buen entendimiento, había errado el tiro cogiendo chisco por paloma. El viejo alcalde se consolaba diciendo: «ison cosas de la vida!». No contaba a los hijos muertos por la peste. Pero consideraba todavía al cholo Benito Castro, a quien crio como hijo y se había marchado hacía años. Pata de perro resultó el tal y se iba siempre para retornar a la casa hasta que una vez, mediando una desgracia, desapareció. Bien mirado, estimaba también como hijo al arpista Anselmo, tullido a quien hizo lugar en su vivienda desde que se quedó huérfano. Tocaba muy dulcemente mientras anochecía. Algunas veces la vieja Pascuala, oyéndolo, se ponía a llorar. ¡Quién sabe qué añoranzas despertaba la música en su corazón!

El sembrío seguía ondulando, maduro de sol crepuscular. Una espiga se parece a otra y el conjunto es hermoso. Un hombre se parece a otro y el conjunto es también hermoso. La historia de Rosendo Maqui y sus hijos se parecía, en cuanto hombres, a la de todos y cada uno de los comuneros de Rumi. Pero los hombres tienen cabeza y corazón, pensaba Rosendo, y de allí las diferencias, en tanto que el trigo no vive sino por sus raíces.

Abajo había un pueblo y él era su alcalde y acaso llamaba desde el porvenir un incierto destino. Mañana, ayer. Las palabras estaban granadas de años, de siglos. El anciano Chauqui contó un día algo que también le contaron. Antes todo era comunidad. No había haciendas por un lado y comunidades acorraladas por otro. Pero llegaron unos foráneos que anularon el régimen de comunidad y comenzaron a repartir la tierra en pedazos y a apropiarse de esos pedazos. Los indios tenían que trabajar para los nuevos dueños. Entonces los pobres —porque así comenzó a haber pobres en este mundo— preguntaban: «¿qué de malo había en la comunidad?». Nadie les contestaba o por toda respuesta les obligaban a trabajar hasta reventarlos. Los pocos indios cuya

tierra no había sido arrebatada aún, acordaron continuar con su régimen de comunidad, porque el trabajo no debe ser para que nadie muera ni padezca sino para dar el bienestar y la alegría. Ese era, pues, el origen de las comunidades y, por lo tanto, el de la suya. El viejo Chauqui había dicho, además: «cada día, pa pena del indio hay menos comunidades. Yo he visto desaparecer a muchas arrebatadas por los gamonales. Se justifican con la ley y el derecho. ¡La ley! ¡El derecho! ¿Qué sabemos de eso? Cuando un hacendao habla de derecho es que algo está torcido y si existe ley, es solo la que sirve pa fregarnos. Ojalá que a ninguno de los hacendados que hay por los linderos de Rumi se le ocurra sacar la ley. ¡Comuneros, témanle más que a la peste!». Chauqui era ya tierra y apenas recuerdo, pero sus dichos vivían en el tiempo. Si Rumi resistía y la ley le había propinado solamente unos cuantos ramalazos, otras comunidades vecinas desaparecieron. Cuando los comuneros caminaban por las alturas, los mayores solían confiar a los menores: «ahí, por esas laderas —señalaban un punto en la fragosa inmensidad de los Andes— estuvo la comunidá tal y ahora es la hacienda cual». Entonces blasfemaban un poco y amaban celosamente su tierra.

Rosendo Maqui no lograba explicarse claramente la ley. Se le antojaba una maniobra oscura y culpable. Un día, sin saberse por qué ni cómo, había salido la ley de contribución indígena, según la cual los indios, por el mero hecho de ser indios, tenían que pagar una suma anual. Ya la había suprimido un tal Castilla, junto con la esclavitud de unos pobres hombres de piel negra a quienes nadie de Rumi había visto, pero la sacaron otra vez después de la guerra. Los comuneros y colonos decían: «¿qué culpa tiene uno de ser indio? ¿Acaso no es hombre?». Bien mirado, era un impuesto al hombre. En Rumi, el indio Pillco juraba como un condenado: «¡carajo, habrá que teñirse de blanco!». Pero no hubo caso y todos tuvieron que pagar. Y otro día, sin saberse también por qué ni cómo la maldita ley desapareció.

Unos dijeron en el pueblo que la suprimieron porque se había sublevado un tal Atusparia y un tal Uchcu Pedro, indios los dos, encabezando un gran gentío y a los que hablaron así los metieron presos. ¿Quién sabía de veras? Pero no habían faltado leyes. Saben mucho los gobiernos. Ahí estaban los impuestos a la sal, a la coca, a los fósforos, a la chicha, a la chancaca, que no significaban nada para los ricos y sí mucho para los pobres. Ahí estaban los Estancos. La ley de servicio militar no se aplicaba por parejo. Un batallón en marcha era un batallón de indios en marcha. De cuando en cuando, a la cabeza de las columnas en el caballo de oficial y luciendo la relampagueante espada de mando, pasaban algunos hombres de la clase de los patrones. A esos les pagaban. Así era la ley. Rosendo Maqui despreciaba la ley. ¿Cuál era la que favorecía al indio? La de Instrucción Primaria obligatoria no se cumplía. ¿Dónde estaba la escuela de la comunidad de Rumi? ¿Dónde estaban las de todas las haciendas vecinas? En el pueblo había una por fórmula. ¡Vaya, no quería pensar en eso porque le quemaba la sangre! Aunque sí, debía pensar y hablaría de ello en la primera oportunidad con el objeto de continuar los trabajos. Maqui fue autorizado por la comunidad para contratar un maestro y después de muchas búsquedas, consiguió que aceptara serlo el hijo del escribano de la capital de la provincia por el sueldo de treinta soles mensuales. Él le dijo: «hay necesidad de libros, pizarras, lápices y cuadernos». En las tiendas pudo encontrar únicamente lápices muy caros. Preguntando y topeteándose supo que el Inspector de Instrucción debía darle todos los útiles. Lo encontró en una tienda tomando copas: «vuelve tal día», le dijo con desgano. Volvió Maqui el día señalado y el funcionario, después de oír su rara petición, arqueando las cejas le informó que no tenía material por el momento, habría que pedirlo a Lima, siendo probable que llegara para el año próximo. El alcalde fue donde el hijo del escribano a comunicárselo y él le dijo: «¿así que era en serio lo

de la escuela? Yo creí que bromeabas. No voy a lidiar con indiecitos de cabeza cerrada por menos de cincuenta soles». Maqui quedó en contestarle, porque ya había informado que cobraba treinta soles. Pasó el tiempo. El material ofrecido no llegó el año próximo. El Inspector de Instrucción afirmó, recién entonces, que había que presentar una solicitud escrita, consignando el número de niños escolares y otras cosas. También dijo, con igual retardo, que la comunidad debía construir una casa especial. ¡No le vengan con recodos en el camino! El empecinado alcalde asintió en todo. Contó los niños, que resultaron más de cien y después acudió donde un tinterillo para que le escribiera la solicitud. La obtuvo mediante cinco soles y por fin fue «elevada». Por su lado consiguió autorización para pagar los cincuenta soles mensuales al maestro y llamó a algunos comuneros, entre ellos al más diestro en albañilería, para que levantaran la casa especial. Comenzaron a pisar el barro y hacer los adobes con mucha voluntad. En ese estado se encontraban las cosas. Quizá habría escuela. Ojalá llegaran los útiles y el profesor no se echara atrás de nuevo. Convenía que los muchachos supieran leer y escribir y también lo que le habían dicho que eran las importantes cuatro reglas. Rosendo —qué iba a hacer— contaba por pares, con los dedos si era poco y con piedras o granos de maíz si era mucho y así todavía se le embrollaba la cabeza en algunas ocasiones de resta y repartición. Bueno era saber.

Una vez entró a una tienda del pueblo en el momento en que estaban allí, parla y parla, el subprefecto, el juez y otros señores. Compró un machete y ya salía, cuando se pusieron a hablar del indio y en ese momento él hizo como que tenía malograda la correa de una ojota, simulando arreglársela tomó asiento en la pequeña grada de la puerta. A su espalda sonaban las voces: «¿ha visto usted la tontería? Lo acabo de leer en la prensa recién llegada... Estos indios...» «¿Qué hay, compadre?» «Que se discute en el Parlamento la abolición del trabajo gratuito y hasta

se habla de salario mínimo». «¡Pamplinas de algún diputado que quiere hacerse notar!». «Es lo que creo, no pasará de proyecto». «De todos modos, son avances, son avances... Estos —un índice apuntó al distraído y atareado Maqui— se pueden poner levantiscos y reclamadores». «No crea usted. Ya ve lo que pasa con las comunidades indígenas por mucho que esté más o menos aceptada su existencia... Una cosa es con guitarra y otra cosa es con violín, según decía mi abuela»... Estallaron sonoras carcajadas. «De todos modos —volvió a sonar la voz prudente—, son avances, son avances... Demos gracias a que estos —el indiferente volvió a ser señalado— no saben leer ni se enteran de nada; si no, ya los vería usted... ya los vería...». «En ese caso, la autoridad responde. Mis amigos, mano enérgica». Hubo un cuchicheo seguido de un silencio capcioso y después sonaron pasos tras Rosendo. Alguien le golpeó con un bastón en el hombro, haciéndole volver la cara. Vio al subprefecto, que le dijo con tono autoritario: «¡Te estás haciendo el mosca muerta! Este no es sitio de sentarse». Rosendo Maqui se colocó la recién arreglada ojota y tomó calle arriba con paso cansino. Ahí había un pequeño ejemplo de lo que pasaba y la indiada ignorante sin saber nada. ¡Cabezas duras! A las mocitas de dedos tardos para hacer girar el huso y extraer un hilo parejo del copo de lana, las madres les azotaban las manos con varillas espinudas de ishguil hasta hacerles sangre. ¡Santo remedio de la plantita maravillosa! Las volvía hilanderas finas. Rosendo sonrió con toda la amplitud de sus belfos; así debía pasar con las cabezas. Darles un librazo y vamos leyendo, escribiendo y contando. Claro que no podría ser cuestión de un golpe solamente, sino de muchos. Él guardaba un abultado legajo de papeles en los que constaba la existencia legal de la comunidad. Los arrollaría formando una especie de mazo. «Formar en fila, comuneros, que ahora se trata de instruirse.» Plac, ploc, plac, ploc, y ya están hechos unos letrados. Rosendo Maqui dejó de sonreír. Él no tenía los papeles en su

poder por el momento. Don Álvaro Amenábar y Roldán —toda esa retahíla era el nombre— se había presentado ante el juez de Primera Instancia de la provincia reclamando sobre linderos y exigiendo que la comunidad de Rumi presentara sus títulos. Era propietario de Umay, una de las más grandes haciendas de esos lados. Rosendo Maqui había llevado los títulos y nombrado apoderado general y defensor de los derechos de la Comunidad de Rumi a un tinterillo que lucía el original nombre de Bismarck Ruiz. Era un hombrecillo rechoncho, de nariz colorada, que se hacía llamar «defensor jurídico», a quien encontró sentado ante una mesa atiborrada de papeles en la que había también un plato de carne guisada y una botella de chicha. Él dijo, después de examinar los títulos: «los incorporaré al alegato. Aquí hay para dejar sentado al tal Amenábar —el tono de agresividad que empleó para nombrar al hacendado complació a Maqui— y si insiste, el juicio puede durar un siglo, después de lo cual perderá teniendo que pagar daños y perjuicios». Finalmente, Bismarck Ruiz le refirió que había ganado muchos juicios, que el de la comunidad terminaría al comenzar, es decir, presentando los títulos, y le cobró cuarenta soles. Parloteando como un torrente, no se dio cuenta de que había hecho lucir unos imprudentes cien años en el primer momento. Maqui pensó muchas veces en ello.

Ahora, envuelto por la bella y frágil luminosidad del atardecer y la emoción oscura del presagio, cierta pena imprecisa tornó a burbujearle en el pecho. Empero, la madurez creciente y rumorosa del trigo y el hálito poderoso de la tierra eran un himno a la existencia. Tomado por un oleaje de dudas y de espigas, de colores fugaces y esencias penetrantes, Rosendo Maqui se afirmó en la verdad de la tierra y le fue fácil pensar que nada malo sucedería. Si la ley es una peste, Rumi sabía resistir pestes. Lo hizo ya con las que tuvieron forma de enfermedades. Verdad es que se llevaron a muchos comuneros, que el trabajo de cavar

tumbas fue tenaz y desgarrado el llanto de las mujeres, pero los que lograron levantarse de la barbacoa o se mantuvieron en pie durante el azote, comenzaron a vivir con nueva fuerza. Con los años, el recuerdo de la mortandad fue el de una confusa pesadilla. Tristes y lejanos días. Tanto como Maqui había visto, la viruela llegó, flageló y pasó tres veces.

Quienes la sufrieron la primera se consolaban pensando que ya no les daría más. ¡Ay, doctorcitos! Entre otros casos hubo el de una china, buena moza por añadidura, que se enfermó de viruela las tres veces. Quedó con la cara tan picoteada que perdió su nombre para ganar el apodo de Panal. Ella se quejaba de la suerte y manifestaba que hubiera preferido morir. La suerte mandó el tifo. Asoló en dos ocasiones con más fiera saña que la viruela. Los comuneros morían uno tras otro y los vivos, azotados por la consumidora candela de la fiebre, apenas podían enterrarlos. Nadie pensaba en velorios. Haciendo un gran esfuerzo, los muertos eran llevados al panteón lo más pronto para evitar que propagaran la muerte. El indio Pillco, de puro reclamador y gruñón que era, protestaba hasta de lo que no pasaba todavía. «¿Quién va a enterrar a los que mueran de último?», rezongaba. «Es cosa de morirse luego para no quedar botao.» Y murió pues, pero sin duda no lo hizo el destino para darle gusto sino porque ya estaba harto de un deslenguado. También hubo casos extraños durante el tifo. El más raro fue el de un muerto que resucitó. Un indio que sufrió la enfermedad durante muchos días, de repente comenzó a boquear, perdió el habla y finó. Incluso se puso todo lo tieso que puede estarlo un muerto verdadero. Su mujer naturalmente, lloraba. Los enterradores acudieron después de envolverlo en sus propias cobijas y colocarlo en una parihuela llamada quirma, le condujeron al panteón. No habían ahondado la fosa más de una vara cuando estalló una feroz tormenta. Entre relámpagos y chicotazos de agua, metieron el cadáver, le echaron unas cuantas paladas de tierra y se fueron



prometiéndose volver al día siguiente para terminar de cubrirlo. No lo hicieron. A eso de la medianoche, la mujer del difunto, que dormía acompañada de sus dos pequeños hijos, oyó toques en la puerta. Después, una voz cavernosa y acongojada la llamó por su nombre: «Micaela, Micaela, ábreme».

La pobre mujer, pese a todo, reconoció el acento y casi se desmaya. Creyó que el difunto estaba penando. Se puso a rezar en voz alta y los niños se despertaron echándose a llorar. La súplica angustiada continuó afuera: «Micaela, soy yo, soy yo, ábreme». Claro que era el difunto, eso lo sabía. Dos mujeres, que velaban en la casa vecina cuidando un enfermo, salieron al oír el alboroto. «¿Quién?», preguntó una de ellas. «Soy yo», contestó el difunto. Llenas de pánico echaron a correr y no pararon hasta la casa de Rosendo Maqui a quien despertaron e informaron de que el difunto de esa tarde estaba penando y había ido a buscar a su mujer para llevársela. Ellas lo habían visto y oído. Ahí estaba en camisa y calzón, llamando a la pobre Micaela y empujando la puerta de su casa. Maqui, que en la ocasión resultaba alcalde de vivos y muertos, se revistió de toda su autoridad y fue a ver lo que ocurría. Las chinas caminaban detrás a prudente distancia. ¿Iría a convencer al difunto de que se volviera al panteón y se contentara con morir solo? Mientras se acercaban oían que el cadáver ambulante gritaba: «Micaela, ábreme», y ella, que había dejado de rezar, clamaba: «favor, favor». Apenas vio al alcalde, el rechazado avanzó hacia él: «Rosendo, taita Rosendo, convéncela a mi mujer; no estoy muerto, estoy vivo». La voz traía evidentemente algo del otro mundo. Rosendo cogió al pobre comunero de los hombros y aún en la oscuridad pudo apreciar el gesto trágico de una cara congestionada de sufrimiento. Se calmó un poco y relató. Había despertado, y al sentir un frío intenso, estiró los brazos. Tocó barro y luego se dio cuenta de que en su cara también había barro. Sobresaltado, tanteó a un lado y otro y mientras lo hacía le llegó un olor a muerto,

como si hubiera un cadáver junto a él. Estaba en una tumba. Se incorporó dando un salto desesperado y salió de la sepultura. Lo rodeaban inclinadas cruces de palo; más lejos estaba la pared de piedra que cercaba el panteón. Un alarido se le anudó en el cuello y huyó a escape, pero apenas salió del cementerio las fuerzas diezmadas por la enfermedad le fallaron del todo y cayó. Estando en el suelo vio el caserío con sus techos angulosos y sus árboles copudos surgiendo de un bloque de sombra y luego el cielo, uno de esos cielos despejados que siguen a las tormentas, donde palpitaban escasas pero grandes estrellas. En ese instante se convenció de que estaba vivo y, lo que es más, de que iba a vivir. Hizo un gran esfuerzo para pararse y con paso lento y tembloroso caminó hasta su casa. Eso era todo. El alcalde lo cogió por la cintura y, coligiendo que la espantada consorte se habría serenado ya, porque para eso dio tiempo, lo condujo hasta la puerta. Desde ahí, el mismo alcalde llamó a la mujer, quien hizo luz y abrió blandamente la pesada hoja de nogal. Micaela estaba muy pálida y la llama de una vela de sebo le titilaba sobre la mano trémula. Los pequeños miraban con ojos inmensos. El hombre entró y se tendió silenciosamente en una barbacoa de las dos que mostraba la pieza. Se le notaba un reprimido deseo. Acaso quería hablar o llorar. La mujer lo cubrió con unas mantas y el alcalde se sentó junto a la cabecera. Entre tanto, las dos mujeres que avisaron habían ido a su casa y ya volvían trayendo una pócima a base de aguardiente. El postrado la bebió con avidez. Rosendo Maqui se puso a palmearle afectuosamente el hombro, diciéndole: «cálmate y duérmete. Así son los sufrimientos». La mujer le tendió su humilde ternura en una manta sobre los pies. Y el hombre apesarado se fue calmando y, poco a poco, se durmió blandamente. No murió. Sanó del tifo, pero quedó enfermo de tumba. Los nervios le temblaban en la oscuridad de la noche y temía al sueño como a la muerte. Mas cuando llegaron las cosechas y la existencia se le brindó colmada de frutos,

se curó también del sepulcro y volvió a vivir plenamente. Aunque solo por días. Debido a la peste no eran muchos los recolectores y el esfuerzo resultaba muy grande. Él animaba a sus compañeros: «cosechemos, cosechemos, que hay que vivir». Y le brillaban los ojos de júbilo. Pero su corazón había quedado débil y se paró dejándolo caer aplastado por un gran saco de maíz. Entonces sí murió para siempre. Rosendo Maqui quería recordar el nombre que se le fugaba como una pequeña luciérnaga en la noche. Recordaba sí, que los dos hijos crecieron y ya eran dos mocetones de trabajo cuando llegaron los azules y se los llevaron. Esa fue otra plaga. Por mucho tiempo se habló de que había guerra con Chile. Dizque Chile ganó y se fue y nadie supo más de él. Los comuneros no vieron la guerra porque por esos lados nunca llegó. En una oportunidad se alcanzó a saber que pasaba cerca un general Cáceres, militarazo de mucha bala con su gente. También se supo que se encontró con Chile en la pampa de Huamachuco y ahí hubo una pelea fiera en la que perdió Cáceres. Rosendo Maqui había logrado ver años atrás, en una mañana clara a la distancia, semiperdido en el horizonte, un nevado que le dijeron que era el Huailillas. Por ahí estaba Huamachuco. Lejos, lejos. Los comuneros creyeron que Chile era un general hasta la llegada de los malditos azules. El jefe de estos oyó un día que hablaban del general Chile y entonces regañó: «sepan ignorantes que Chile es un país y los de allá son los chilenos, así como el Perú es otro país y nosotros somos los peruanos. ¡Ah, indios bestias!». Las bestias y hambrientas, eran los montoneros. Llegando, llegando, el jefe de los azules dijo: «el cupo de la Comunidad de Rumi es una vaca o diez carneros diarios para el rancho, además de los granos necesarios». ¡Condenados! Unos eran los llamados azules por llevar una banda de tela azul ceñida a la copa del sombrero o al brazo y otros eran los colorados por llevar también una banda, pero colorada, en la misma forma. Los azules luchaban por un tal Iglesias y los

colorados por el tal Cáceres. De repente, en un pueblo se formaba una partida de azules y en otro una de colorados. O en el mismo pueblo las dos partidas, y vamos a pelear. Andaban acechándose, persiguiéndose, matándose. Caían en los pueblos y comunidades como el granizo en sembrío naciente. ¡Viva Cáceres! ¡Viva Iglesias! Estaba bueno para ellos. Grupos de cincuenta, de cien, de doscientos hombres a quienes mandaba un jefe titulado mayor o comandante o coronel. También llegaron a Rumi pues. El jefe era un blanquito de mala traza y peor genio a quien le decían mayor Téllez. Pero de mandar en primer término lo hubiera dejado muy atrás su ayudante Silvino Castro, alias Bola de Coca. Era un cholo fornido que siempre tenía una gran bola de coca abultándole la mejilla. Pero se comprendía que el apodo calzaba mejor sabiendo que su bola de coca le había salvado la vida. Durante unas elecciones, Castro era matón oficial y jefe de pandilla de cierto candidato y al doblar una esquina, se encontró de improviso con el que ocupaba igual cargo en el bando contrario. Este sacó rápidamente su revólver y le hizo dos disparos a boca de jarro, dejándolo por muerto al verlo caído y con la cara sangrante. Pero el cholo Castro, para sorpresa de sí mismo, pudo levantarse. Se tocó la cara dolorida y después vio su mano llena de sangre. La sangre le llenaba también la boca con su salina calidez y la escupió junto con la bola. Algo extraño se desprendió de esta y, al fijarse bien, distinguió que era el plomo del disparo. La bala, después de perforar los tejidos de la mejilla, se quedó atascada en el apelmazado bollo verde. El otro tiro se había perdido por los aires. Castro, para dar mayor colorido al episodio, decía que por ese lado no tenía muelas, de modo que el balazo le habría dado en el paladar causándole la muerte. A esto replicaba el mayor Téllez diciendo que era falso lo de la falta de muelas, pues él, con todo el peso de su autoridad, había hecho que Castro abriera la boca y se las mostrara. Apenas tenía picada una y las demás estaban intactas. Después

se armaban grandes discusiones respecto a la eficacia de los tiros de cerca. Había un montonero que afirmaba que, aun sin la bola, el tiro apenas habría roto las muelas no ocasionando mayor daño. Castro ratificaba que en ese carrillo no tenía muelas. Por último, invitaba a su oponente, si es que estaba seguro de su dicho, a dejarse meter un tiro a boca de jarro. Entonces el mayor Téllez decía que los tiros debían reservarlos para los colorados. Resultaba original pensar que un hombre pudiera ser salvado por una bola de coca y se aceptaba de primera intención la historia. Para desgracia de Castro, que estaba un poco orgulloso de tal evento, la tozuda cicatriz que marcaba su carrillo traía el recuerdo a menudo y luego las dudas y las disputas. Que la bola detuvo el plomo, que las muelas pudieron detenerlo también. En fin, estos y parecidos problemas ocupaban las discusiones de los patrióticos azules que, desde luego, luchaban por Iglesias y la salvación nacional. Cada quien se creía con aptitudes para ministro o por lo menos para prefecto. Lo más malo de todo era que no tenían trazas de irse. ¿Acaso el gobierno estaba en Rumi? Silvino Castro se embriagaba a menudo y recorría el caserío echando tiros. Apuntaba a las gallinas diciendo que les daría en la cabeza. Si bien no conseguía hacerlo todas las veces, las mataba siempre. Las mocitas miraban a los montoneros con ojos medrosos. Un día Chabela, la chinita más linda de la comunidad, llegó donde su madre llorando a contarle que Bola de Coca la había forzado tras la cerca de un maizal. Las sombras nocturnas tremolaron después conmovidas por el alarido de otras vírgenes. Y el cielo amanecía siempre azul, como brindando a esos perros los retazos que se amarraban en los sombreros y en las mangas. Cierta día, Bola de Coca hizo formar a todos los jóvenes del pueblo y escogió a los más fuertes para darles el cargo de ordenanzas. Cuidarían los caballos de los jefes. Rosendo Maqui fue a interceder por ellos ante el mayor Téllez y entonces intervino Bola de Coca: «¡fuera de aquí indio bruto, antes de que te

mate por antipatriota, ellos están sirviendo a la patria!». Después le quiso pegar y el mayor Téllez no se atrevió o no quiso decir nada. Hasta que un día, feliz y al mismo tiempo desgraciado día, asomaron los colorados. Al galope, al galope los que venían a caballo. Detrás, corre y corre, los que se acercaban a pie. «¡Viva Cáceres!». Traían sangre en las mangas y sombreros. Los azules se llamaron y encorajinaron dando gritos: «¡hay que defender la plaza!» dijo el mayor Téllez. «¡Defendámosla!», bramó Bola de Coca. Rosendo Maqui se preguntaba: «¿Qué plaza?», y entre sí decía que ojalá se fueran a la plaza para que los mataran a todos. Los colorados avanzaban regando humaredas y detonaciones. Un azul se puso a tocar la campana de la capilla. Téllez y Bola de Coca repartieron a su gente. Unos subieron a los terrados y se asomaron a las claraboyas. Otros se parapetaron en las cercas de piedra. Pocos, los más valientes, treparon a los árboles. Todo esto pasaba en el lado del caserío que daba al camino por donde venían los colorados. «¡Viva Cáceres!». «¡Mueran los traidores!», «¡viva Iglesias!», «¡viva la patria!». ¿Por qué dirían así? Ellos sabían sus asuntos. Nutrida racha de balas recibió a los jinetes cuando estuvieron a tiro. Quiénes se fueron de bruces, quiénes desmontaron por sí mismos. Los segundos corrieron a cubrirse tras las piedras o las lomas y se pusieron a disparar repetidamente. Los infantes llegaban ya, y metiendo bala, comenzaron a cercarlos por los flancos. Algunos azules cayeron de los árboles, otros se aquietaron tras las pircas. Un grupo de colorados llegó hasta la capilla y la tomó acuchillando por la espalda a dos azules que disparaban mirando hacia el camino. Entonces Bola de Coca, que estaba encaramado en un saúco, se dio cuenta de que los iban a rodear y dio la orden de retirada. Para qué, era un valiente y se quedó al último con diez hombres, baleando a los que pretendían acercarse. Téllez y el grueso de azules, que ya no lo eran del todo, pues algunos estaban también rojos de sangre, corrieron hasta voltear una loma, tras la

que aguardaban las ordenanzas con los caballos. Bola de Coca y su gente fugaron a su vez y ya era tiempo porque los colorados habían montado y avanzaban al galope, haciendo relucir sus largos sables. Más allá, el camino entraba a una ladera escarpada y la persecución no prosperó, retornando los jinetes con solo dos azules prisioneros.

Rosendo Maqui lo vio todo desde un lugar próximo al que ocupaba en ese momento, pues cuando los colorados surgieron a lo lejos, se dijo: «¿Yo qué pito toco en esta danza?» y trepó la cuesta hasta llegar a unas matas, entre las que se ocultó para observar. Los otros comuneros, menos los ordenanzas, se escondieron en sus casas.

Cuando Maqui bajó, el caserío olía a sangre y a pólvora. Micaela, la viuda del resucitado, gritaba: «¡mis hijos, mis hijos!, ¿dónde están mis hijos?», lo mismo que las madres de los demás muchachos. En eso llegaron los jinetes conduciendo dos prisioneros, quienes contaron que el mayor Téllez, al ver que sobraban caballos debido a los muertos, obligó a montar a cuantos lo acompañaban, dejando solamente cinco para Bola de Coca y su gente. Así fue como no hubo caballos para todos los rezagados y los dos últimos cayeron presos. Las madres blasfemaban y lloraban pidiendo al jefe colorado, un comandante Portal que fusilara a los prisioneros y también a los heridos azules que llegaban en ese momento, conducidos por indios y montoneros en sillas de manos y en la parihuela de entierros. Los heridos sangraban sin quejarse y tanto ellos como los presos miraban al jefe vencedor con ojos tristes y brillantes. Las madres seguían clamando: «¡afusílelos, afusílelos!». Los heridos habían sido puestos en el suelo y la sangre de uno de ellos fluía empozándose en un hoyo. «¡Afusílelos, afusílelos». Portal prendió un cigarrillo. La india se le aglomeraba en torno formando una masa compacta. Micaela chillaba ante el comandante impasible y por último se abalanzó sobre un herido, hecha cual puma enfurecida, con el

propósito, crispado en las uñas, de desgarrarle el cuello. Fue detenida por dos montoneros, pero sin embargo logró caer de bruces sobre el hoyo donde se embalsaba la sangre y beberla jadeando. Después volvióse con la cara roja y profirió un espantoso alarido antes de sentarse y abandonarse a una laxitud de inconsciente. Sabe Dios qué impresión causó todo ello al comandante Portal, famoso por ser implacable con los enemigos, pues en lugar de fusilarlos ordenó: «Abran la capilla y metan ahí a todos los heridos. En el equipaje hay algunos desinfectantes y vendas. A los dos prisioneros, centinelas de vista y nada más». Luego pidió a su asistente: «Sírvenme un buen trago de pisco». Más tarde los comuneros reunieron a los muertos, que fueron en total veinticinco, y los llevaron al panteón. Portal dispuso: «Pónganlos juntos. Al fin y al cabo, son peruanos y conviene que se abracen alguna vez, aunque sea muertos». Los comuneros cavaron una larga y honda zanja. El comandante y Maqui fueron a ver el entierro y, mientras metían los cadáveres de los colorados, el primero decía: «Ese cholito retaco era una fiera. Entró a la montonera con un rejón y en la pelea ganó un rifle». «Este largo era aficionado a las chinas». «Siento mucho la muerte de aquel apellidado Rosas, porque hacía chistes muy buenos». Así comentaba sus habilidades. Al ver los cadáveres de los azules, decía: «¡Qué tipo tan recio, bueno para soldado!». O si no: «Ese es un rico tiro: en media frente. ¿Cuál de mis hombres lo haría para premiarlo?». Rosendo Maqui, cortésmente, asentía moviendo la cabeza y pensaba que era una suerte que los prisioneros y heridos azules vivieran aún. De vuelta, hizo lavar las manchas de sangre que teñían el suelo en diversos sitios, pues era sangre de cristianos, es decir, el signo de su vida, y no se la debía pisotear. En seguida se dirigió a la capilla y vio que la fraternidad no alcanzaba únicamente a los peruanos muertos sino también a los heridos. Por lo menos, momentáneamente, habían olvidado que eran azules y colorados. Sobre el suelo, envueltos



en mantas listadas y la penumbra del recinto, estaban alineados en dos filas y los menos graves conversaban pitando cigarrillos que se habían invitado recíprocamente. Los otros, inmóviles, algunos con la cabeza albeante de vendas, miraban al techo o a la imagen colocada en el altar mayor. Alguien gemía con la boca cerrada, sordamente. Frente al altar había un indio encendiendo ceras que los heridos devotos mandaban colocar. La bendita imagen de San Isidro Labrador, patrón de chacareros, estaba allí en una hornacina. Usaba capa española y sombrero criollo de paja blanca adornado con una cinta de los colores patrios. La capa dejaba ver un pantalón bombacho que se abullonaba entrando en unas botas lustrosas. La mano izquierda se recogía suavemente sobre el pecho, en tanto que la otra, estirada, empuñaba una pala. De perilla y bigote, piel sonrosada y ojos muy abiertos, San Isidro tenía el aire satisfecho de un campesino próspero después de una buena cosecha. Entraron unos cuantos montoneros a poner ceras también e inquirieron por la imagen de San Jorge. La misma pregunta había sido formulada ya por los heridos y al responderseles igualmente que no estaba allí, colocaron sus ceras ante la de San Isidro. En las paredes laterales de la capilla, diurnas de cal, colgaban unos cuadritos de colores que representaban las diversas fases de la Pasión del Señor. Los montoneros habrían preferido a San Jorge, flor y nata de guerreros. Otros santos que fueron hombres de armas combatieron con hombres, en tanto que San Jorge se enfrentó a un feroz dragón, le dio batalla y le ocasionó la muerte con su lanza. Uno de los montoneros sacó una estampa del santo de su devoción y reclinándola sobre la puntera de las botas de San Isidro, la dejó allí para que recibiera el homenaje de la luz. Se veía a un hermoso San Jorge de mirada fiera y gesto decidido, jinete en un gallardo corcel blanco, enristrando un buido lanzón frente a una enorme bestia de cabeza de cocodrilo, garras de león, alas de murciélago y cola de serpiente que echaba llamas por la

boca. Para decir verdad, a Rosendo Maqui no le agradó mucho la devoción, pues él no encontraba nada mejor que un santo que cultivara la tierra y por otro lado ponía en duda la existencia de un animal tan horrible. A poco llegaron varias indias, entre ellas Chabela, que colocaron velas y se arrodillaron a orar con triste acento. Las velas amarillas se consumían prodigando una llama rojiza y humeante, de olor a sebo. San Isidro, aquella vez, parecía a pesar de todo un poco triste. Al pie, más abajo de la estampa de San Jorge, contorsionándose como gusanos entre la penumbra, los heridos se quejaban, charlaban o dormían un inquieto sueño. Las oscuras siluetas de las rezadoras y los tendidos triunfaban de la oscuridad, que parecía brotar del suelo, gracias a sus vestidos y mantas de color y las vendas. Las velas y las paredes calizas apenas conseguían aclarar con su resplandor el largo recinto sin ventanas. Cuando Maqui salió, supo que Micaela no tenía cuándo volver en sí y parecía loca o idiota. Hubo de contenerse para no llorar cuando la vio. Estaba con los ojos muy abiertos y gemía inacabablemente: ennnn, ennnn, ennnn... Sentada, la mandíbula inferior colgante y los brazos abandonados a su laxitud, parecía un animal fatigado o muriente.

Así fueron los azares de aquellos días. Los colorados estuvieron en Rumi una semana, comiendo tantos carneros y vacas como los azules. Al marcharse dejaron cuatro heridos, de los cuales tres se fueron una vez sanos y uno, de traza india, se quedó en la comunidad al enredarse con una viuda. San Isidro les supo perdonar sus desaires y los curó a todos. Solo la pobre Micaela quedó enferma, hecha una mera calamidad, pues no daba razón de su ser. Aunque mejoró un poco y dejó de quejarse, andaba tonteando por el caserío. Solía decir a cuantos encontraba al paso: «Ya van a volver; de un día a otro van a volver». Tal era su tema. Al fin murió y los comuneros decían: «Pobre demente, mejor es que haya muerto». No solo heridos, desgracias y malos recuerdos dejaron los montoneros

en Rumi, también dejaron hijos. La femineidad de las mocitas triunfó de su íntimo rechazo y, en el tiempo debido nacieron los niños de sangre extraña a quienes se llamó Benito Castro, Amaro Santos, Remigio Collantes y Serapio Vargas. Los padres definitivamente ausentes, tal vez muertos en las guerras civiles, no los verían jamás. Hubo un caso que únicamente Rosendo Maqui conocía. Un indio que estuvo lejos de la comunidad durante la estada de los montoneros, al regresar encontró a su mujer preñada. Maqui le dijo, cuando fue a consultarle: «no ha sido a güenas y no debes repudiar ni siquiera avergonzar a tu pobre mujer. El niño debe llevar tu nombre». Así pasó. Las complicaciones aumentaron por el lado de las chinas solteras. Los mozos no querían tomarlas para siempre y se casaban con otras. El alcalde predicaba: «ellas no tienen la culpa y ese proceder es indebido». Al fin se fueron casando a intervalos largos. El padrastro de Benito no lo quería y andaba con malos modos y castigos injustos —así es el oscuro corazón del hombre— hasta que Rosendo lo llevó a vivir consigo. Él y su mujer lo trataban como a sus propios hijos y Benito creció con ellos diciendo taita, mama y hermanos. Pero su sangre mandaba. Siendo pequeño comenzó a distinguirse en el manejo de la honda. Desde dos cuadras de distancia lograba acertar a la campana de la capilla. El asunto era para reírse. Maqui acostumbraba llamar a los regidores tocando la campana a fin de no perder tiempo. Tenía señalado a cada uno cierto número de campanadas. De repente un guijarro golpeaba dando la señal: *lanmn* y se presentaba un regidor que, después de las aclaraciones del caso, salía blandiendo su garrote mientras Benito echaba a correr hacia el campo. En las noches de luna los pequeños de la comunidad iban a la plaza y ahí se ponían a jugar. La luna avanzaba con su acostumbrada majestad por el cielo y ellos gritaban alegremente mirando el grande y maravilloso disco de luz:

*Luna, Lunaaaaa,  
dame tunaaaaa...  
Luna, Lunaaaaa,  
dame fortunaaaaa...*

Creían que podía darles cosas. Los más crecidos demandaban a los chicos que se fijaran bien, pues en la redondela había una burrita que conducía a una mujer. Algunos afirmaban que era la Virgen con el niño Jesús en brazos y otros que tan solamente una hilandera.

*Luna, Lunaaaaa,  
dame tunaaaaa...*

En lo mejor, Benito Castro, que estaba escondido en algún rincón, aparecía a toda carrera imitando los mugidos del toro o los rugidos del puma. Los chicuelos huían en todas direcciones, ponchos y polleras al viento, y él cogía a alguno para zarandearlo como si lo fuera a despedazar. Después se ponía a saltar gritando cómicamente:

*Luna, Lunaaaaa,  
dame fortunaaaaa...*

Tales recuerdos enternecían a Rosendo Maqui. ¿Por dónde se encontraría Benito? ¿Viviría aún? Esperaba que viviera todavía, lo creía así con el fervor que depara el afecto. Su vieja mujer llegaba a asegurar que cualquier rato asomaría de regreso, alegre y fuerte como si no hubiera pasado nada. Ella recordaba a su Benito frecuentemente, diciendo que era el hijo que más lágrimas le había costado. Quizá por eso lo quería más intensamente, con esa ternura honda que produce en las madres el pequeño travieso y el mozo cerril en quien se advierte al hombre cuyo carácter hará de su existencia una dura batalla.

Maqui no deseaba recordar la forma en que se desgració Benito, y menos cómo él, austero alcalde había dejado de ser justo una vez. Nadie podía reprocharle nada, pero él mismo se reprochaba su falla o, para ser más exactos, se sentía incómodo al considerarla. Nosotros, que tenemos más amplios deberes que Maqui, aunque sin duda menos importantes, explicaremos lo necesario a su tiempo. Por el momento no consideramos oportuno puntualizar nada sobre todo respecto al traspíe de Maqui, a quien deseamos tratar comprensivamente, dejando que viva en forma de todas maneras justa. Tampoco deseamos adelantar cosa alguna acerca del posible retorno de Benito Castro. Sería prematuro y ello violaría en cierto modo la propia fuerza de los acontecimientos. Ahora, a la verdad, lo reclama el afecto de los ancianos, pero ¿quién no sabe cómo es el corazón de los padres que sufren la ausencia? El grito va y vuelve, torna y retorna al pecho del amoroso:

*Luna, Lunaaaaa,  
dame tunaaaaa...*

Oscurece lentamente. El trigal se vuelve una convulsionada laguna de aguas prietas y en la hoyada, el caserío ha desaparecido como tragado por un abismo. Pero ya brota una luz y otra y otra... Los fogones de llama roja palpitan blanda y cordialmente en la noche. Arriba, el cielo ha terminado por endurecerse como una piedra oscura, en tanto que en las aristas de los cerros muere lentamente el incendio crepuscular. Maqui sabe que no habrá luna esa noche y la presiente lejos, como dormida en un distante país de sombra, acabada para el gusto de los hombres y el entusiasmo de los niños. ¡Vaya, se está poniendo torpe! Ella aparecerá la semana próxima a redimirlo de la sombra, de esa densa negrura que penetra por su carne a teñirle hasta los huesos. Las casitas del poblacho hacen señas con sus fogones

trémulos. También de la capilla sale un tenue resplandor. Algún devoto habrá prendido ceras en el altar. Muy milagroso es San Isidro Labrador. La imagen de Rumi tiene su historia antigua historia enraizada en el tiempo con la firmeza de la fe de los creyentes y, por si esto fuera poco, de notorios acontecimientos. En tiempos remotos se quiso fundar un pueblo en una región de las cercanías y los presuntos vecinos se dividieron en dos grupos. Uno de ellos, el más numeroso, quería levantar el poblado en un valle de chirimoyos y el otro en un cerro de pastizales. Triunfó la mayoría y el pueblo comenzó a ser edificado en el valle. Pero San Isidro, a quien habían elegido santo patrón, dispuso otra cosa. Sin que nadie supiera cómo fue a dar allí, amaneció un día en la punta del cerro por el que votaba la minoría. Se había trasladado como quien dice, entre gallos y medianoche. Los empecinados vallinos hicieron regresar la imagen al lugar que primeramente le señalaran. Pero San Isidro no era santo de darse por vencido. De repente, helo allí de nuevo en la cumbre, de amanecida, recibiendo muy ufano los rayos del sol madrugador. Los tercios mayoritarios repitieron su maniobra. Y San Isidro por tercera vez, dio su nocturno y gigantesco salto. Entonces todos consideraron que la cosa tomaba un carácter que no era para llevarlo a broma y resolvieron edificar en el cerro. El pueblecito recibió el nombre de San Isidro del Cerro y la accidentada topografía determinó que las casas estuvieran casi superpuestas, de modo que los habitantes tenían que subir por las callejas a gatas o haciendo equilibrios. Les cayó por eso el sobrenombre de *chivos*, en gracia al gusto por las maromas que adornan a tales rumiantes. Las inmediaciones abundaban en pastos y el ganado prosperó. Los *chivos* tenían numerosas vacas, ovejas y caballos. Pasaban bien su vida y no sentían los años. Pero sea porque no le hicieron una fiesta adecuada o por cualquier otra causa de disgusto, San Isidro mandó un terremoto que no dejó piedra sobre piedra ni adobe sobre adobe del pueblo, salvo de la capilla,

que se mantuvo intacta. Casi todos los vecinos murieron y los sobrevivientes discutieron mucho sobre los designios del santo. Unos decían que se había enojado porque los pobladores se dedicaban más a la ganadería, siendo San Isidro un agricultor de vocación. Otros aludieron a la poca importancia de la fiesta anual y no faltó quien deplorara el crecido número de amancebamientos y el reducido de matrimonios. El más sabio opinó que lo dicho no pasaba de una completa charlatanería, pues los hechos estaban a la vista. Al destruir todo el pueblo y dejar únicamente la capilla, San Isidro expresaba el deseo de que los vecinos desaparecieran de allí y lo dejaran solo. El intérprete agregó que irse era lo más prudente, pues como se había visto, la opinión de San Isidro no debía ser contradicha. En todo caso, ya sabría hacer notar su verdadera intención si es que ellos se equivocaban. El temor que a los cerreños deparaba un santo patrón tan enérgico, hizo que fueran realmente estableciéndose en el valle. Un montón de ruinas rodeó desde entonces la capilla, donde solamente rezaba la voz del trueno en las turbias noches de tormenta. Entonces los comuneros de Rumi resolvieron rezarle ellos. Frailes misioneros y curas les habían enseñado los beneficios de la oración y fueron en romería a trasladar el santo a la comunidad. Él les dejó hacer todo con benevolencia. Como recordaban las fugas nocturnas, no levantaron capilla, sino que lo dejaron quince días en observación. San Isidro amaneció siempre en el mismo sitio —allí junto a unos alisos, según aseguraba la tradición— demostrando su deseo de quedarse. Entonces construyeron la recia capilla donde se le rendía veneración. No tenía torres y la campana colgaba de un grueso travesaño que iba de una a otra de las desnudas paredes laterales que bordeaban los extremos de un angosto corredor. En la pared que hacía de fachada, no menos lisa que las otras, una gruesa y mal labrada puerta de sabe Dios qué madera, se quejaba sordamente de no haberse convertido en polvo todavía. La que mantenía

una voz clara, llena de potencia y frescura era la campana. Se la oía a leguas y la coreaban los cerros. Tenía también su historia o más bien dicho su leyenda, nadie, ni la audaz tradición podía aseverarla plenamente. Claro que se podía asegurar que la hizo un famoso fundidor llamado Sancho Ximénez de la Cueva en el año 1780, que así estaba grabado en el bronce, según decían los leídos. Pero no se podía asegurar cómo la hizo. Contaba la tradición que en su tiempo se murmuró que el fundidor empleaba malas artes para dar una sonoridad realmente única a sus campanas. Descartada la hipótesis de que mezclara oro a la aleación, como no cobraba muy caro, se dijo que empleaba sangre humana, secuestrando a sus víctimas y degollándolas en el momento de hervir el bronce para añadirle la sangre que perennizaba algo del canto del hombre en la definitiva firmeza del metal. En Rumi se llamaba a los fieles agitando matracas y golpeando redoblantes hasta que un gamonal, que después de ejercer el cargo de diputado volvió de Lima, hereje, puso en venta la famosa campana perteneciente a la iglesia de su hacienda. Los comuneros la adquirieron por cien soles y desde esa fecha la voz alta y nítida, cargada de tiempo y de misterio formó parte de su orgullo. En toda la región no había ninguna como ella. Cantaba y reía repicando en las fiestas. Gemía dulcemente, doblando por la muerte de algún comunero, con el acento del dolor piadoso y sincero. Cuando la víspera de la fiesta se la echaba a vuelo, su son iba de cerro en cerro y llegaba muy lejos convocando a los colonos de las haciendas. Y el día de la fiesta, llamando a misa o acompañando la procesión, cantaba muy alto y muy hondo la gloria de San Isidro, de tal modo que los cerros la admitían jubilosamente y a los fiesteros se les volvía otra campana el corazón. San Isidro estaba contento y derramaba sobre Rumi sus bendiciones de igual manera que se esparce el trigo por la tierra en siembra. ¡Si tenía esa campana, muchas ceras en el altar, buena fiesta y el fervor de toda la comunidad!



El día grande de la fiesta salía la procesión. Las andas en que iba la imagen estaban cargadas de frutos. San Isidro parecía el jefe de una balsa atestada que se balanceara en un río multicolor de fieles apretujados, cuyo cauce era la calle del caserío. La comparación habría sido exacta si no hubiera abierto el desfile una yunta conducida por un San Isidro vivo y operante. Las astas de los bueyes lucían flores y el mocetón que empuñaba el arado se cubría con una capa y un sombrero iguales a los del santo. Este gañán simbólico, diestro en menesteres de puya y mancera, dejaba tras sí un surco que evidenciaba la eficacia del celestial cultivador. Durante los demás días que duraba la feria, San Isidro, desde el corredor de la capilla, veía el júbilo de su pueblo. Este comía, bebía y danzaba sin perdonar la noche. Las bandas especiales de pallas, rutilantes de espejuelos, bailaban cantando versos alusivos:

*San Isidro,  
labrador  
saca champa  
con valor.  
San Isidro,  
sembrador,  
vuelve fruto  
a toda flor.*

Era un gusto. Abundaban los tocadores de bombo y flauta y, desde hacía años, jamás faltaba el arpista Anselmo que, curvado sobre su instrumento tocaba y tocaba realmente borracho de agraria emoción y de trinos. A su tiempo contaremos la historia de Anselmo, así como la de Nasha Suro, curandera con fama de bruja y de otros muchos pobladores de Rumi. La memoria de Rosendo Maqui a la que seguimos, está ahora a los pies del venerado santo. Ciertamente que alguna vez hubo una sequía y

una hambruna de dos años, pero todo eso se hallaba perdido en el tiempo, noche creciente que no tenía alba y sí tan solo las estrellas vacilantes de los recuerdos. El señor cura Gervasio Mes-tas hacía la fiesta y sabía rezar a San Isidro en la forma debida. También los frailes de verdad bendecían el ganado para que aumentara y diera buena lana. No había que dejarse engañar por frailes falsos. Porque en cierta ocasión pasaron por Rumi dos hombres vestidos de frailes que iban por las cercanías pidiendo limosna para el convento de Cajamarca. Sus sirvientes arreaban un gran rebaño de ovejas y vacas, producto de los regalos de hacendados, colonos y comuneros. Bendecían el ganado de los donantes con mucha compostura, palabritas raras y abundantes cruces. Y sucedió que estando por el distrito de Sartín, arreando una animalada que más parecía un rodeo, acertó a llegar por esos lados un universitario que sabía de latín y cosas divinas. Les dirigió la palabra y los frailes hechizos se quedaron secos. La cosa no quedó allí, sino que se amotinó el pueblo y los impositores tuvieron que botarse las incómodas sotanas para correr a todo lo que les daban las piernas por los cerros. La noticia brincó de un lado a otro, pero a ciertos lugares no llegó. Maqui estuvo por las tierras de Callarí a vender papas, y se hospedó en casa de un chacarero que le contó muy alegremente sus progresos. Estaba especialmente contento de la fecundidad de las ovejas y afirmó que ello se debía a la bendición de dos frailecitos. No le pesaba haberles dado cuatro animales. Un fraile era barbón y el otro peladito. El chacarero abrió tamaños ojos y no quería creer cuando Maqui le refirió que esos mismos eran los dos malditos ladrones disfrazados que fueron descubiertos en Sartín. En el mismo Callarí, es decir, en el lugar que daba nombre a la zona, no vivía ningún cristiano. Había allí un pueblo en ruinas. Entre las abatidas paredes de piedra crecían arbustos y herbazales. Daba pena considerar que donde ahora había solamente destrucción y silencio, vivieron hombres y mujeres que trabajaron,

penaron y gozaron esperando con inocencia los dones y pruebas corrientes del mañana. No quedaba uno de su raza. Decían que una peste los arruinó. La leyenda afirmaba que el *basilisco*. Es un maléfico animal parecido a la lagartija, que mata con la mirada y muere en el caso de que el hombre lo vea a él primero. El maldito fue a Callarí, escondióse bajo el umbral de la puerta de la iglesia y en un solo domingo, a la salida de misa, dio cuenta del pueblo con sus fatales ojuelos brillantes.

Maqui miró hacia el caserío con tristeza. Los fogones ardían vivamente y su rojo fulgor rompía la impresión desolada que produce la sombra. Esta se había enseñoreado del cielo y de toda la tierra, apagando las llamas crepusculares que momentos antes tostaban los picachos. Así, los habitantes de Callarí encenderían los fogones del yantar y luego se dormirían para despertarse a repetir el día y las noches y los días, a lo largo del tiempo. Hasta que, imprevistamente, cierta vez... ¿Qué es entonces el destino? Solamente las fuerzas oscuras de Dios, los santos y la tierra podían determinar algunas cosas, así las referentes a los pueblos como a los individuos. Una mañana Benito Castro perseguía un torillo matrero que se le escapó entre el montal de la quebrada de Rumi. ¿Qué es lo que encontró? Ni más ni menos que el cadáver fresco aún de una mujer. Al hombro lo condujo hasta la puerta de la iglesia y llamó al alcalde. Este lo desnudó y examinó sin encontrar ninguna herida ni la menor señal de violencia. Cubierta de nuevo con el decoro de las ropas —una pollera anaranjada, una camisa blanca con grecas rojas, un rebozo negro— tocó Rosendo la campana y se congregaron todos los comuneros. La muerta era joven, de cuerpo bien proporcionado y faz hermosa. Nadie la conocía, nadie la había visto jamás. Velaron el cadáver y después que llegó el juez de la provincia y levantó el acta de defunción, lo sepultaron. Los comuneros que viajaban iban diciendo por los pueblos y los caminos: «¿no saben de una mujer desaparecida, que haya tenido la cara así y

el vestido asá?». Repartieron la voz por toda la comarca. Nadie sabía nada y todos, al enterarse ampliamente del hecho, lo encontraron muy extraño. ¿Desde dónde vino esa mujer? ¿Fugó? ¿Por qué se metió entre el montal? ¿Se envenenó? Lo mismo pudo hacer a muchas leguas de allí sin darse el trajín del viaje. Benito la había encontrado junto al agua que corría por el fondo de la quebrada, blandamente reclinada sobre un herbazal, como si tan solo descansara.

Ahora Maqui pensaba de nuevo en Benito. Él tornaba insistentemente a su imaginación. Acaso la culebra trazó la negación de su luto sobre esa gallarda existencia. Acaso... Eran grandes sus mandíbulas, un bigotillo indómito se le erizaba sobre el labio ancho y los ojos negros le brillaban con esa fiereza alegre del animal criado a todo campo. Tenía el tórax amplio, las piernas firmes y las manos duras. Oficiaba de amansador de potros y repuntero. ¿Por dónde andaría? Él salvó a la vaca Limona, cuando estaba recién nacida de que se la comieran los cóndores. Llegó a su lado en el momento en que dos de esos enormes pájaros negros abatían el vuelo, dejándose caer sobre la inermeterita que no podía ni pararse de miedo y de dolor, pues, las tiernas pezuñas eran heridas por el cascajo. Desnudando el machete, Benito se había lanzado a todo el galope de su caballo sobre los cóndores, poniéndolos en fuga. La Limona creció y parió. Daba muchas crías. Viéndola tan panzona y tranquila, de pingües ubres repletas, nadie podía imaginarse que en su pasado hubiera un episodio dramático. Era muy lechera y encontraba rival solamente en la negra Güenachina. Ofrendaban un cántaro lleno. Pero en parir ninguna aventajaba a la Añera, que lo hacía todos los años y por eso había recibido tal nombre. Prosperaban las vacas. Inocencio decía que era porque había enterrado un ternero de piedra en el corral. Lo compró en la capital de la provincia y estaba en un sitio que tenía bien fijado en la memoria. Ahí vertía leche y de cuando en cuando ponía

un bizcocho. La estatuilla de piedra protegía, pues, la crianza. El mismo Inocencio afirmaba que la leche de las vacas negras es más espesa que la de las de otro color. Por su parte, la curandera Nasha Suro recetaba los enjuagatorios de orines de buey negro para el dolor de muelas. Nadie le hacía caso ya —«ah, indios malagracias»— y más bien iban donde el herrero Evaristo, que tenía un gatillo especial. De un tirón extraía la adolorida pero también, a veces —justo es considerarlo para dar a la operación su verdadero carácter— arrancaba una porción de mandíbula.

El buey negro llamado Mosco murió rodado hacía muchos años. Sin duda no vio dónde pisaba o le faltaron las fuerzas porque ya estaba muy viejo. Era dulce y poderoso. Al chocar contra las rocosas aristas de la pendiente se le rompió un asta, se reventó un ojo y se desgarró la piel. Maqui lo había castrado y luego amansado. Ninguno salió como él para el trabajo. Ayudado por su compañero de yunta, domándolo si era marrajo, trazaba surcos rectos y profundos. Avanzaba tranquilamente, plácidamente, copiando los paisajes en sus grandes y severos ojos, rumiando pastos y filosofías. La picana jamás tuvo que rasgar sus ancas mondas y potentes. Apenas sí para indicar la dirección y las vueltas debía tocarlas levemente. Cuando un toro indócil en las faenas de amansada, quebraba la autoridad de los otros bueyes de labor, se lo unció con Mosco. Al punto entendía la ley. El negro avanzaba si el cerril se detenía y se detenía si el otro quería avanzar más de la cuenta, siendo en este caso ayudado por el gañán, quien hundía el arado a fondo. El cogote poderoso, los lomos firmes, las pezuñas anchas, imponían la velocidad mesurada y el esfuerzo potente y contumaz que hacen la eficacia del trabajo. Después de la tarea mugía sosegadamente y se iba a los potreros. Si no había pasto comía ramas y si estas faltaban, cactus. Cuando las paletas ovaladas de los cactus quedaban muy altas, con un golpe de testuz derribaba la planta entera. Maqui lo quería. Cierta vez, un comunero lo unció para

una gran arada por alardear de energía y rapidez, le sacó sangre de un puyazo, Maqui se encaró con el comunero y lo tendió al suelo de una trompada en la cabeza. Esa fue una de las contadas ocasiones en que empleó la violencia con sus gobernados. Después de las siembras, los vacunos de labor eran echados a los potreros. En los rodeos generales los sacaban para darles sal. Pero Mosco, de pronto se antojaba de sal y después de saltar zanjas, tranqueras y pircas con una tranquila decisión, llegaba al caserío y se paraba ante la casa de Rosendo. Los comuneros bromeaban: «este güey sabe tamién que Rosendo es el alcalde». Maqui brindábale entonces un gran trozo de sal de piedra. Después de lamer hasta cansarse, Mosco se marchaba a paso lento en pos de los campos. Parecía un cristiano inteligente y bondadoso. El viejo alcalde recordaba con pena la visión de las carnes sangrientas y tumefactas del cuerno tronchado y el ojo enjuto. Él lloró, lloró sobre el cadáver de ese buen compañero de labor, animal de Dios y de la tierra. Hubo otros bueyes notables, cómo no. Ahí estaban o estuvieron el Barroso, capaz de arrastrar pesadas vigas de eucalipto; el Cholito, de buen engorde, siempre lustroso y brioso; el Madrino, paciente y fuerte, que remolcaba desde los potreros; mediante una gruesa soga enlazada de cornamenta a cornamenta a las reses que solían encapricharse o eran demasiado ariscas. Pero ninguno como el singular Mosco por la potencia de su energía, la justeza del entendimiento y la paz del corazón. Era, además, hermoso por su gran tamaño y por su perfecta negrura de carbón nuevo. Cuando en los rodeos generales los comuneros llegaban muy temprano a los potreros, a veces no podían dar con Mosco oculto por las rezagadas sombras entre las encañadas o los riscos. Tenían que esperar a que la luz del alba lo revelara. Mosco engrosaba entonces la tropa con paso calmo y digno. Para ser cabalmente exactos, diremos que Maqui lo quería y a la vez lo respetaba, considerándolo en sus recuerdos como a un buen miembro de la comunidad.

También eran negros el buey Sombra y el toro Choloque. Sombra cumplió honestamente sus tareas. Choloque fue un maldito. Odiaba el trabajo y solamente le gustaba holgar con las vacas. Andaba remontado y si por casualidad se lograba pillarlo para el tiempo de las siembras, soportaba de mala guisa un día de arada y aprovechaba la noche para escaparse y perderse de nuevo. Después de un tiempo prudencial aparecía por allí, haciéndose el tonto y con un talante de compostura que trataba de disimular sus fechorías. Teniendo absoluta necesidad de él, había que amarrarlo de noche, pero con soga de cerda o cuero, porque se comía las de fibra de pate o penca. Tanto como odiaba el trabajo amaba los productos del trabajo. Era el más voraz de los clandestinos visitantes de los plantíos de trigo y maíz. Le gustaban de igual modo que al venado las arvejas. Hacía verdaderas talas y no abandonaba las chacras sin que los cuidadores tuvieran que corretearlo mucho disparándole piedras con sus hondas. La opinión pública reclamaba: «hay que caparlo», pero Maqui dejaba las cosas en el mismo estado en gracia a la energía y hermosa estampa de Choloque. A la vez que un condenado era también un gran semental. Como todo animal engreído, no podía ver con buenos ojos que otro se le adelantara en el camino, requiriera a una hembra o tan solo comiera el pasto, o lamiera la sal tranquilamente en su presencia. Al momento peleaba para imponer por lo menos, el segundo lugar y la humillación, si no la huída. Si el presunto rival estaba lejos, rascaba el suelo, mugía amenazadoramente, movía el testuz y en fin hacía todo lo posible para armar pleito. El poder lo convirtió en un fanfarrón. Los demás toros le temían. Todos habían experimentado su potencia cuando, trabados en lucha frente a frente, asta a asta — como quien dice mano a mano, pensaba Maqui— tenían que retroceder y retroceder para sentirse al fin vencidos por el indeclinable cuello enarcado y musculoso. Al darse a la fuga, Choloque, de yapa, les aventaba una cornada por los costillares o las

ancas. Resultaba siendo el amo. Hasta que un día el toro Granizo, llamado así por su color ocre manchado de menudas pintas blancas, resolvió terminar. Quién sabe cuántas cornadas, forzadas castidades y pretericiones sufrió Granizo. Esto era asunto suyo. Lo cierto es que resolvió terminar. Una tarde el cholo Porfirio Medrano, que atravesaba la plaza distinguió a la distancia a dos reses trabadas en lucha. Más allá del maizal que hemos visto, había un potrero que subía faldeando por un cerro de alturas escarpadas, cuyas ásperas peñas rojinegras formaban una suerte de graderías. Entre esos peñascos se encontraban forcejeando los peleadores y Medrano se puso a observar para ver el final de la justa. Como no llevaba trazas de terminar, corrió a dar aviso al alcalde, quien por su lado llamó al indio Shante, famoso por su buena vista. Él dijo: «uno es el toro Granizo y el otro el Choloque». Y se quedaron esperando que este hiciera huir al osado, pero no ocurrió así. A lo lejos apenas parecían unas manchas, pero se notaba que no cejaban. De un lado para otro se empujaban empecinadamente. A ratos, debido a algún accidente del terreno, se separaban. Pero volvían a topetearse, a ceñirse las frentes y a arremeter con redoblado ímpetu. Se habían enfurecido. «Esos acabarán mal —dijo Maqui— vamos a separarlos». Y fueron. Se tenía que dar un rodeo para llegar a ese lado de los barrancos, es decir, había que subir casi hasta la cumbre del cerro que, si bien no era muy alto, resultaba en cambio bastante accidentado. Se llamaba Peaña porque imitaba la base de piedras usadas para soporte de la cruz. Tardaron en subir. Al avistar los barrancos advirtieron que los toros continuaban peleando, de modo que aceleraron el paso. Descendían a grandes saltos y gritando: «itoro... toro... ceja!». Shante les tiraba cantos rodados con su honda. Tenía buena puntería y ayudado también por la redondez de las piedras, que facilitaba su buena dirección, lograba hacer blanco alguna vez, a pesar de la distancia. «¡Toro..., toro..., ceja..., ceja...!» y las piedras trazaban su parábola oscura



para golpear las carnes o rebotar en el suelo. Los toros ni oían ni sentían. De repente, se detenían como para separarse, pero ello no era sino una treta, que de improviso uno de los dos empujaba violentamente. El otro retrocedía hasta detener al enemigo, a veces por su propio esfuerzo, a veces ayudado por un pedrón, una loma o cualquier otro accidente del terreno. Luchaban al lado de un abismo y ambos evitaban retroceder en esa dirección, yendo y viniendo a lo ancho de la falda. Se medían, jadeaban. Los tres comuneros estaban ya cerca y veían los cuerpos claramente. El afán primero de cada luchador era el de colocar las astas bajo las del otro para tener mayor firmeza y seguridad en la presión. Choloque era un veterano de los duelos y conseguía hacerlo repetidamente. En una de esas, Granizo saltó a un lado y trepó como para huir y Choloque, loco de furia y orgullo quiso cargarle por los ijares para surcarlos de sangre, momento que aprovechó el primero para dar media vuelta rápidamente y embestir bajo las astas, en un supremo esfuerzo. Choloque, al ir en pos de Granizo dio con las ancas al abismo y ya no tuvo tiempo de volverse. Ayudado por el declive, todo el peso del cuerpo y su sorpresivo impulso, Granizo lo empujó rápida e incontrastablemente hacia el barranco. Los comuneros al ver la inminencia de la caída, se detuvieron. Choloque pugnó inútilmente por sostenerse, perdió las patas traseras en el aire y cayó blanda y pesadamente sobre unos riscos profiriendo un ronco y aterrorizado mugido. Siguió rodando, ya sin más sonido que el sordo golpe sobre las peñas, hasta que fue a dar a la base del barranco, entre unas matas. Quedó convertido en un montón de carne roja y sangrante. Granizo de pie al filo del precipicio miró un momento, mugió corta y poderosamente y luego tomó paso a paso su camino, que era el de la victoria sobre el despotismo. Él no heredó los malos hábitos y hasta se diría que se confundió con los demás toros. Era ecuánime y peleaba solo de cuando en cuando, por motivos poderosos que Rosendo Maqui suponía y

no quiso precisar. El alcalde pensaba que los animales son como los hombres y era mentira lo de su falta de sentimientos. Ahí estaban sin ir más lejos, los de las vacas. Cuando mataban alguna en la comunidad, las vivas que olían la sangre derramada en el lugar del sacrificio, bramaban larga y dolorosamente como deplorando la muerte y al oír las llegaban más vacas y todas formaban un numeroso grupo allí, uno o dos días brama y brama, sin consolarse de la pérdida. Entonces, Maqui consideraba a los animales como a los cristianos, según el comportamiento y no sintió gran cosa la muerte de Choloque: le molestaba —sin que ello nublara su entendimiento para no reconocer las cualidades— su inútil agresividad. Había corneado inclusive al caballo Frontino. Este era un alazán tostado, albo de una pata y con una mancha también blanca en la frente, que en la noche semejaba una estrella. Los adagios rurales sobre caballos lo favorecían doblemente: *Alazán tostado, primero muerto que cansado. Albo uno, cual ninguno...* Más alto que todos los caballejos de la comunidad, fuerte, lo montaban los repunteros diestros en el lazo y los viajeros que debían hacer grandes o importantes jornadas. Durante un rodeo, el vaquero Inocencio corrió en Frontino para atajar a Choloque que se escapaba. Se plantó en medio de un camino por donde tenía que pasar y el toro, en lugar de volverse, cargó hiriendo a Frontino en el pecho. La herida se enlunó, mostrando una hinchazón dura y creciente. Rosendo, como Nasha Suro no entendía de caballos, lo curó con querosene y jugo de limón. El limón era bueno también para las pestes propias de los caballos y ovejas. Los frutos ensartados en un cordel rodeaban el cuello. Hacía gracia ver a los animales caminando ornados de collar amarillo. La manada de ovejas era grande y seguía aumentando con el favor de Dios con el cuidado de los pastores. Los niños de la comunidad acompañados de algunos perros, llevaban el rebaño a los pastizales de los cerros. Mientras las ovejas triscaban el ichu los pequeños cantaban o tocaban

dulcemente sus zampoñas y los perros atisbaban los contornos. Había que defender a todas las ovejas del puma y el zorro y a los corderillos del cóndor. Después de las cosechas sería la trasquila. Se la debía hacer a tiempo, de lo contrario, las primeras lluvias y granizadas cogían a las ovejas mal cubiertas y las mataban de frío. Hubo un año en que, además de retrasarse mucho la trasquila, las tormentas adelantadas llegaron a azotar con sus grises y blancos chicotes al mero octubre, y murieron centenares de ovejas. Tiasas y duras como troncos amanecían en el redil. Marguicha, una de las pastoras lloraba viendo que un cordequito trataba de mamar de una oveja muerta. Pero la prudencia y el buen tino trasquilaron oportunamente los otros años. También levantaron un cobertizo en un ángulo del aprisco, según el proceder de los hacendados. Marguicha fue creciendo como una planta lozana. Llegó a ser Marga ya. En el tiempo debido floreció en labios y mejillas y echó frutos de senos. Sus firmes caderas presagiaban la fecundidad de la gleba honda. Viendo sus ojos negros, los mozos de Rumi creían en la felicidad. Ella, en buenas cuentas era la vida que llegaba a multiplicarse y perennizarse, porque la mujer tiene el destino de la tierra. Y Maqui volvía a preguntarse: «¿es la tierra mejor que la mujer?».

Un fuerte golpe de viento pasó estremeciendo las espigas y llevándose sus pensamientos. La oscuridad se había adensado y aunque los fogones de la hondonada continuaban haciéndole amables señas, el viejo alcalde se sentía muy solo en la noche. Esa era, pues, la historia de Rumi. Tal vez faltaría mucho. Acaso podría volver con más justeza sobre sus recuerdos. El tiempo había pasado o como un arado que traza el surco o como un vendaval que troncha el gajo. Pero la tierra permaneció siempre, incontrastable, poderosa, y a su amor alentaron los hombres.

Y he ahí que algo se mueve entre la sombra, que el monolito se fracciona, que el viejo ídolo se anima y cobra contornos

humanos y desciende. Rosendo Maqui baja de la piedra y toma a paso lento el sendero que se bifurca por una loma aguda llamada Cuchilla y parte en dos el trigal. Las espigas crepitan gratamente y por ahí, sin que se pudiera precisar dónde, cerca, lejos, grillos y cigarras parlan repitiendo sin duda el diálogo de una antigua conseja que Maqui conoce.

Mientras avanza hacia Rumi, mientras muerde las últimas instancias de su sino; confesemos nosotros que hemos vacilado a menudo ante Rosendo Maqui. Comenzando porque decirle indio o darle el título de alcalde nos pareció inadecuado por mucho que lo autorizara la costumbre. Algo de su poderosa personalidad no es abarcado por tales señas. No le pudimos anteponer el *don*, pues habría sido españolizarlo, ni designarlo amauta, porque con ello se nos fugaba de este tiempo. Al llamarlo Rosendo a secas, templamos la falta de reverencia con ese acento de afectuosa familiaridad que es propio del trato que dan los narradores a todas las criaturas. Luego, influidos por el mismo clima íntimo, hemos intervenido en instantes de apremio para aclarar algunos pensamientos y sentimientos confusos, ciertas reminiscencias truncas. A pesar de todo, quizá el lector se pregunte: «¿qué desorden es este? ¿Qué significa, entre otras cosas, esta mezcla de catolicismo, superstición, panteísmo e idolatría?». Responderemos que todos podemos darnos la razón, porque la tenemos a nuestro modo, inclusive Rosendo. Compleja es su alma. En ella no acaban aún de fundirse —y no ocurrirá pronto, midiendo el tiempo en centurias— las corrientes que confluyen desde muchos tiempos y muchos mundos. ¿Que él no logra explicarse nada? Digamos muy alto que su manera de comprender es amar y que Rosendo ama innumerables cosas, quizás todas las cosas, y entonces las entiende porque está cerca de ellas, conviviendo con ellas, según el resorte que mueve su amor: admiración, apetencia, piedad o afinidad. «¿Es la tierra mejor que la mujer?». En la duda asoma ya una diferenciación

de su esencia. En el momento justo las propias fuerzas de su ser lo empujan hacia una o la otra, de igual modo que hacia las demás formas de la vida. Su sabiduría no excluye la inocencia y la ingenuidad. No excluye ni aun la ignorancia. Esa ignorancia, según en la que son fáciles todos los secretos; una potencia germinal orienta seguramente la existencia. Ella es en Rosendo Maqui tanto más sabia cuanto que no rechaza, e inclusive desea, lo que los hombres llaman el progreso y la civilización. Pero no sigamos con disquisiciones de esta laya ante un ser tan poderoso y a pesar de todo tan sencillo. Él continúa marchando, cargado de edad por el ondulante sendero... De pronto un grito se extendió en la noche estremeciendo la densidad de las sombras y buscando la atención de los cerros.

—¡Rosendoooo..., taita Rosendooooo!...

Las peñas contestaron y la voz repetida se fue apagando, apagando hasta consumirse entre el crepitar de las espigas y el chirriar de los grillos y las cigarras. La cinta del camino lograba albear entre la oscuridad y Maqui apuró el paso, aguzando la mirada para no resbalar ni tropezar. Le dolían un poco sus ojos fatigados. Un bulto oscuro y rampante, de inquieto jadeo, trepaba la cuesta. Ya estaba junto a él. Era su perro, el perro Candela que llegó a restregarse contra sus piernas, gimió un poco y luego echó a correr camino abajo. Resultaba evidente que había subido para avisarle algo y ahora lo invitaba a ir pronto hacia el caserío. Candela se detenía a ratos para gemir inquietamente y luego corría de nuevo. Maqui trotó y trotó. Ya estaban allí las primeras pircas junto a las que crecían pencas y tunas. Ya estaban allí, al fin las casas del corredor iluminado por el fogón. Maqui tomó a paso ligero por media calle y a la luz incierta de los leños cruzaba como una sombra. Algunos indios, sentados en el pretil de sus casas, lo reconocían y saludaban. La campana de la capilla exhaló un claro y taladrante gemido: laannn...laannn y a intervalos regulares y largos continuó clamando. El anciano

hubiera querido correr, mas se sujetaba, estimando que debía guardar la compostura propia de sus años y su rango.

Ya estaba allí, al fin en un lado de la plaza, su propia habitación de adobe con el techo aplastado por la noche. Un abigarrado grupo de indios había ante ella. La luz del corredor perfilaba sus siluetas y alargaba sus sombras. Las trémulas sombras se extendían por la plaza, inacabables, espectrales. Maqui se abrió paso y los indios lo dejaron avanzar sin decirle nada. La-annn..., la-annn... seguía llorando la campana. Ululaba la voz desolada de una mujer. El viejo miró y quedóse mudo e inmóvil. Sus ojos se empañaron tal vez. Pascuala, su mujer, había muerto. En el corredor sobre un lecho de ramas y hojas de yerbasanta se enfriaba el cadáver.







El Poder Judicial tiene como política institucional la creación de un espacio para la difusión de obras especialmente relacionadas con el derecho y la justicia, que permitan impulsar la reflexión y el análisis intelectual, así como la investigación sobre estos tópicos. Considero que la literatura posee un contenido social que puede ser aprovechado para reflexionar sobre diversos temas que comprometen al campo de la administración de justicia. Así, la trilogía novelística de Ciro Alegría: *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1939) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), que publicamos con el título de *Novelas esenciales*, está compuesta, sin duda, por obras ejemplares donde se representan los problemas y desafíos de la justicia y el derecho en nuestro país.

FRANCISCO TÁVARA CÓRDOVA

